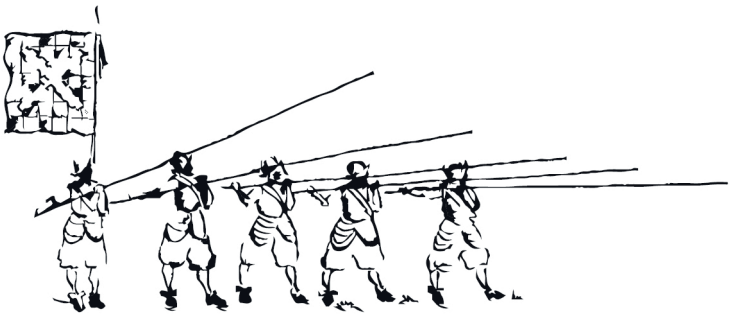
La logística de los Tercios



Víctor J. Sánchez Tarradellas

www.hrmediciones.es

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Historia Rei Militaris S.L. 2019

Editor: José Ignacio Pasamar López
Publicado por Historia Rei Militaris S.L.
C/ Monasterio de Siresa 28- local - 50002 Zaragoza
www.hrmediciones.com

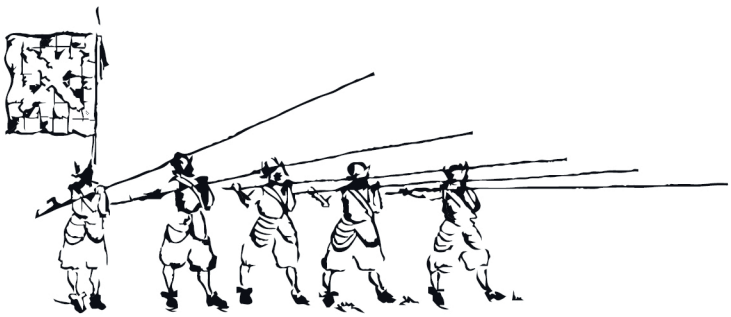
Autor	Víctor J. Sánchez Tarradellas
Maquetador	José Antonio Gutiérrez López
Correctores	Francisco Medina Portillo
	Antonio García Palacios
Diseño de portada	José Antonio Gutiérrez López
Diseñador gráfico	José Antonio Gutiérrez López
Mapas	Víctor Domínguez Gutiérrez
Ilustradores	José Ferré Clauzel
	Antonio Navarro Menchón
Coordinador editorial	Francisco Medina Portillo
Agradecimientos	A Francisco Enrique Antoranz Blasco, por su desinteresado y noble asesoramiento.

ISBN 978-84-17859-02-2
Depósito Legal. Z 561-2019

Impreso en PODIPRINT

Indice

Introducción **7**
Baluartes, arcabuces y reclutas **11**
El ocaso de la caballería 12
Fortificaciones artilladas 17
Despliegue de grandes contingentes 45
Los nuevos soldados son personas sin recursos propios 47
Ejércitos permanentes 48
Predominio de los asedios 49
Nutriendo las filas: el reclutamiento **53**
Tambores de Marte: reclutamiento por comisión 54
Soldados de naciones: reclutamiento por asiento 63
El declive: reclutamiento forzoso 76
Vituallas, forraje y pelotería **83**
Vituallas 83
Forraje 95
Pelotería 101
Arcabuces y mosquetes 102
Ultima ratio regis 110
El polvo negro 132
Mechas de arcabuz 136
La logística en la Edad Moderna **141**
La soldada 141
Vivanderos y bagaje 155
Asentistas y pago en especie 160
Contribuciones: el dinero del fuego 167
Forrajeo y saqueo 170
Transporte y almacenes 179
Vestuario y equipo 189
Las armas de los tercios 194
Otros aspectos logísticos 224
Alojamientos y marchas 226
Asistencia sanitaria y apoyo social 236
El Camino Español, un prodigio logístico **249**
Tercios embarcados: La Felicísima Armada **269**
Conclusiones **307**
Apéndices **311**
Bibliografía **315**
Anexo A: Glosario de Términos **329**
Anexo B: Dramatis Personae **369**



Introducción

Porque no es justo obscurezcan las tinieblas del olvido tan singular valor.
FRANCISCO POZUELO

Al desvanecerse el denso humo, negro y acre, de los disparos de cientos de arcabuces se ofrece a la vista un panorama desolador. La severa mirada del duque de Alba1 recorre con pausa un campo de batalla sembrado de heridos y moribundos. Las cerradas rociadas de hirviente plomo de los arcabuceros españoles han segado la vida de centenares de adversarios, transformando sus vítores y redobles en lamentos y gemidos. Sus certeros disparos han desarticulado el brillante despliegue táctico de las tropas rebeldes. Con el enemigo deshecho solo resta tocar a degüello y dar fin a la escabechina. En los campos de Jemmingen2, los tercios españoles obtienen su primer gran triunfo en el inhóspito territorio de Flandes. Espantados, los holandeses no dan crédito a los terroríficos efectos de plantar cara a la mejor infantería del mundo.

Jemmingen es la primera victoria española en una serie casi interminable de sangrientos enfrentamientos que jalonan la conocida como Guerra de los Ochenta Años. En esta cruenta contienda se fragua de manera señalada la leyenda de los invencibles tercios españoles. Sus proezas han sido glosadas con profusión, sus hechos de armas han merecido la atención de una legión

1 Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel (1507-1582), militar y político español, tercer duque de Alba de Tormes. En 1566 hubo revueltas y desórdenes en los Países Bajos, para atajarlas Felipe II envió al duque de Alba al mando de un poderoso ejército.

2 Batalla que tuvo lugar el 21 de julio de 1568.

de historiadores. Sin embargo, el oscuro trabajo de apoyo logístico que permitió alimentar este colosal esfuerzo bélico permanece en buena medida desconocido. No se trata en los manuales de historia y solo de forma accidental se habla de él en memorias, testimonios o correspondencia.

Pretende este trabajo enfatizar el alcance que el apoyo logístico, aspecto habitualmente poco valorado, tuvo en la época de los tercios. Apoyo que contribuyó a que los ejércitos de la Monarquía Hispánica dominaran durante el siglo XVI y buena parte del XVII los campos de batalla de Europa, protagonizando épicos combates y hazañas heroicas, labrándose imborrable fama y ganando el respeto de sus enemigos.

El texto responde a un trabajo de investigación documental. En él se analiza buena parte de lo que se ha escrito sobre los míticos tercios, entresacando la escasa información presente sobre aspectos logísticos. De inestimable valor han sido las numerosas obras contemporáneas escritas por militares. En el Siglo de Oro los soldados de la época alternaron sus portentosas demostraciones de valor espada en mano con su maestría en el manejo de la pluma. Que *"nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza"*[3]. Son numerosas las obras en las que estos militares plasmaron con detalle sus andanzas, sus hechos de armas y las penurias y privaciones sufridas. De estos testimonios, algunos publicados y otros dispersos en diferentes archivos, se ha obtenido la información más valiosa para este trabajo.

En el texto se analizan inicialmente los cambios que se producen en la organización de los ejércitos al comienzo de la Edad Moderna, lo que algunos autores denominan la *revolución militar moderna*. Estos cambios ocasionan un incremento exponencial de las necesidades de la insaciable maquinaria bélica provocando un resurgir de la logística, ya que los métodos tradicionales quedan obsoletos.

A continuación, se comenta cómo los ejércitos de la época intentan dar solución a estos nuevos problemas de apoyo logístico, muchas veces anticipando formas de sostenimiento que todavía hoy siguen vigentes.

Con posterioridad, se trata el mejor ejemplo de aplicación de esta nueva logística, el *Camino Español*. El corredor militar más importante, que permite durante décadas comunicar las principales zonas de reclutamiento de los tercios con el teatro de operaciones de Flandes. Un prodigio logístico que causó asombro en su época y que todavía hoy despierta admiración.

3 Miguel de Cervantes.

Para terminar, se habla de los tercios embarcados. A bordo de galeones y galeras los soldados de los tercios afrontaron algunas de sus empresas más comprometidas. El apoyo a estas fuerzas será uno de los retos logísticos más espinosos. El mejor ejemplo de ello lo constituye posiblemente la frustrada expedición de la Gran Armada en 1588. Una colosal empresa que requirió un enorme despliegue logístico.

Desde 1536, con la ordenanza de Génova, el elemento más característico del ejército del Rey Católico son los tercios, cuyo número irá en aumento y acabarán por designar con inexactitud a todo el ejército. Los tercios, instituidos a imitación de las legiones de Roma[4] y reputados como invencibles, son un elemento minoritario en los ejércitos de los Austrias, pero forman su columna vertebral. Fuerzas concebidas para combatir en el exterior, en la Península intervienen en pocas ocasiones: durante la sublevación morisca de las Alpujarras, con ocasión de las alteraciones de Aragón y en las guerras de Cataluña y Portugal. Constituyen lo que hoy se denomina una fuerza de intervención, desplegados en zonas conflictivas, y proyectados de un teatro de operaciones a otro según las necesidades del momento. Viven en continuo pie de guerra, acudiendo a todas las crisis. Desarrollan su labor en numerosos escenarios, pero será en las húmedas y brumosas tierras de Flandes, regadas en abundancia con sangre española, donde labren su portentosa reputación.

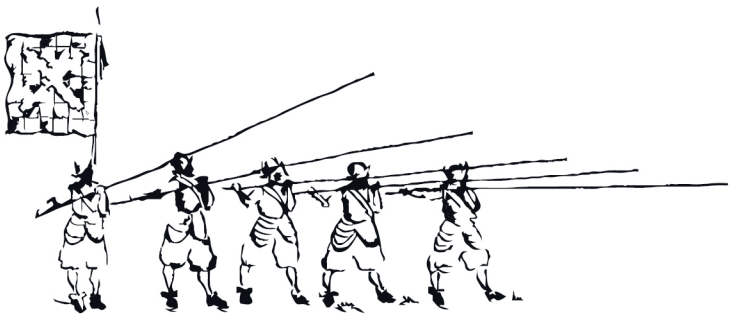
Escuela de fama y tribunal de méritos son la primera infantería moderna de la historia. Su poder de combate radica en la magnífica combinación lograda a comienzos del siglo XVI entre el arma blanca y las nuevas armas de fuego portátiles. La gran contribución de los españoles fue, en primer lugar, y siguiendo a Albi de la Cuesta, *"una percepción extraordinariamente precoz de la importancia de las armas de fuego"* y en segundo lugar, lo que Alonso Baquer ha llamado *"esa revolucionaria coordinación de picas y arcabuces"*. Con ellos se produce un resurgir de la infantería, apareciendo un nuevo tipo de combatiente, el infante, que sustituye al denostado peón medieval.

Este estudio pretende ser un somero análisis de una faceta poco conocida de la historia de aquellos legendarios soldados que, alcanzando logros asombrosos a costa de enormes padecimientos, fueron pagados demasiado a menudo con el abandono y el olvido. Sirva este modesto trabajo, en palabras de Cervantes, como *"testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir"*. Se intenta, en definitiva, dar cuenta

4 Sancho de Londoño.

cabal del apoyo que reciben los sufridos soldados de los afamados tercios españoles. Soldados, consumidos por las penalidades, que si no pelean como leones lo hacen como demonios. Que aman *más la honra que la vida* y tienen *"pelear por gloria y vencer por costumbre"*[5]. Que luchan no solo con los innumerables enemigos del Rey Católico sino también con el hambre, el frio y las enfermedades. Hombres endurecidos y desgastados, que padecen interminables meses de campaña, en marcha sin cesar, haciendo alto solo para dar batalla o para sepultarse en el pútrido fango de las trincheras de un inacabable asedio.

5 Carta dirigida a los amotinados de Alost para que acudieran en auxilio de los heroicos defensores de Gante.



Baluartes, arcabuces y reclutas

La historia sabe de muchos más ejércitos arruinados por la necesidad y el desorden que por los esfuerzos de los enemigos
CARDENAL RICHELIEU[1]

A comienzos de la Edad Moderna, el arte de la guerra se transforma a causa de la evolución de tres importantes aspectos, relacionados entre sí: se generaliza el uso de las armas de fuego, prolifera un novedoso tipo de fortificaciones y se da un enorme incremento en el tamaño de los ejércitos. Estos cambios se enmarcan en lo que se conoce como *revolución militar*[2], término acuñado por Michael Roberts en su *The Military Revolution,* y matizado por otros autores como Geoffrey Parker, que lo considera un concepto más gradual y progresivo. En la misma línea, Enrique Martínez Ruiz sostiene en un trabajo reciente que no parece apropiado utilizar el término revolución para referirse a un fenómeno que se desarrolla a lo largo de tres siglos[3]. Esta revolución, o evolución, se relaciona con la aparición de los estados europeos absolutos, y se manifiesta en cambios orgánicos y tácticos, novedades armamentísticas, gran incremento de efectivos, profesionalización creciente y enorme aumento del coste de la guerra.

1 Armand-Jean du Plessis, cardenal de Richelieu (1585-1642), prelado francés y ministro principal de Luis XIII.

2 Término controvertido que ha hecho fortuna aunque quizá no exprese fielmente lo que, más bien, fue una gradual evolución.

3 *Historia militar de la Europa moderna.*

El ocaso de la caballería

La primera ruptura con los métodos convencionales de combate, que habían predominado en el Medievo, es el triunfo de los cerrados cuadros de suizos armados de picas sobre los acreditados caballeros montados de Borgoña[4]. Estas victorias demuestran que la infantería, adecuadamente organizada y adiestrada, es capaz de hacer morder el polvo en el campo de batalla a la caballería nobiliaria. Los *Reisläufer*, desplegados en compactos bloques de alabarderos rodeados de piqueros, resultan invulnerables a las impresionantes cargas de caballería que habían dominado los campos de batalla de Europa durante cerca de diez siglos.

Estos infantes suizos son reputados como los mejores soldados de su tiempo tras una impresionante serie de victorias sobre Carlos el Temerario, duque de Borgoña, entre marzo de 1476 y enero de 1477 (Grandson, Murten y Nancy). Esta nueva infantería forma en los combates una masa compacta, erizada de largas picas y firmemente sostenida por la disciplina, capaz de resistir los choques más violentos de los caballos y las acometidas más impetuosas de los peones. Su férrea disciplina y su proverbial fiereza les convierten en los mercenarios más cotizados de Europa, ofreciéndose a todo aquel que pueda pagarlos. Su principal ventaja es que siempre están disponibles para la contrata, pero resultan caros. Cuatro mil suizos cuestan al mes 26.500 ducados; la misma cantidad de españoles e italianos, 24.000, y de lansquenetes alemanes, solo 4.500[5].

Estos famosos mercenarios suizos son conocidos por los españoles como *esguízaros*, voz procedente del alemán *Swizzer,* y se contratan en los cantones católicos. Sin embargo, en España no serán apreciados en exceso. Se les tiene en poca estima, ya que se les considera *tropa cara y no tan buena*. De hecho, Felipe IV afirma que "*…aquella infantería es la menos estimable de Europa y la que menos servicios ha hecho en mis exercitos*". Quizá esta poca afición tenga que ver con que los piqueros helvéticos fueron muy utilizados por Francia y, por tanto, los tercios lucharon a menudo contra ellos, venciéndoles casi siempre. En la batalla de Bicoca en 1522, los arcabuceros españoles atrincherados en un pequeño bosque destrozaron tan a su gusto

4 Geoffrey Parker, *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*.

5 Datos proporcionados por Fernando Martínez Laínez.

a los cuadros de suizos que al lenguaje español se incorporó la expresión: *esto es una bicoca*.

La debacle de los caballeros medievales cubiertos de hierro ante las apretadas filas de plebeyos convertidos en soldados, supone el fin de una época. Estas resonantes victorias sobre la caballería feudal implican un resurgir de la infantería tras los siglos de declive posteriores al ocaso de las míticas legiones romanas. Hasta este momento las características de las campañas, casi siempre muy cortas, el reducido ámbito territorial en el que se producen y los escasos efectivos de que constan los ejércitos, han propiciado el predominio de la caballería. Las cargas de los jinetes de recia armadura y lanza en ristre eran imparables. Esto cambiará de forma radical. En el cenagal de Flandes, la mejor *universidad* para aprender el arte de la guerra, este fenómeno fue especialmente acusado. En el empantanado terreno de los Países Bajos, la caballería cede con rapidez su puesto a la nueva infantería. Ésta es la única con capacidad para maniobrar en el reducido espacio entre canales, estuarios y ciudades amuralladas. Y la única capaz de llevar a buen término el prolongado asedio de una plaza fortificada.

Es el retorno de la infantería en formación cerrada, anclada con solidez al terreno en apretados cuadros. Una infantería profesional basada en dos grandes modelos que pronto se verán superados por los tercios: la piquería suiza y los lansquenetes alemanes.

La infantería irá adquiriendo un protagonismo creciente hasta convertirse en dueña y señora de los campos de batalla. Con el advenimiento de la infantería como fuerza dominante se elimina una restricción en el tamaño de los ejércitos. Un caballo de batalla era enormemente costoso y una señal de estatus. Un ejército basado en la caballería estaba por necesidad circunscrito a la magnitud de una clase social: los caballeros. Sólo un aristócrata de saneadas rentas podía permitirse el costoso equipo necesario. Sólo los nobles podían comprar armaduras pesadas, o mantener un caballo de batalla que debía ser entrenado desde su nacimiento, y que no era útil para otras funciones. Con el desembolso requerido para un caballero y su cabalgadura se podrá reclutar, equipar y mantener a muchos soldados de a pie. Jean Flori calcula el coste mínimo del equipo de un caballero, incluyendo el caballo de batalla, hacia el año 1100 en unos 250 a 300 sueldos, el precio de 30 bueyes. El mantenimiento de un caballero equivalía aproximadamente al ingreso anual de un señorío medio, es decir, una explotación agrícola de unas 150 hectáreas. Además, un caballero, para transportar su costoso y pesado equipo, movilizaba varias

personas. Lo normal, un escudero, dos ballesteros y un paje. Con el mismo gasto, se pueden armar muchos tiradores y piqueros. Y no se requiere ser de noble estirpe para el manejo de estas armas; cualquier campesino puede llegar a ser, con el entrenamiento adecuado, un buen arcabucero o un firme piquero.

La importancia de la caballería pesada en los ejércitos europeos declina muy rápido, hasta que en el último cuarto del siglo XVI se ha reducido de forma considerable. El propio Maquiavelo opina que el ejército ideal debe tener veinte soldados de a pie por cada jinete. Así, en 1575, en el ejército de Flandes hay 2.400 jinetes frente a 56.850 infantes: una proporción de 23 contra 1.

Al no existir limitación en la cantidad de la nueva infantería, la victoria militar pasa a depender más del número que de la calidad de las tropas. Maquiavelo ya preconiza que, con las nuevas armas combinadas de los infantes, las picas y los baratos arcabuces, los ejércitos de grandes dimensiones van a ser hegemónicos. Las guerras ya no se ganan por la excelencia de unas reducidas y selectas fuerzas de caballería, sino por el cada vez más ingente número de infantes. En 1525 en las llanuras frente a la ciudad lombarda de Pavía, lo más granado de la nobleza feudal francesa cabalgó hacia el exterminio a manos de los humildes infantes españoles provistos de armas de fuego. Supuso el fin de un mundo. Después de esta batalla, canto de cisne de la *gendarmería*[6], pocos ejércitos conservan a caballo más de un diez por ciento de sus combatientes.

El notable incremento de las fuerzas desplegadas hace que, progresivamente, estos ejércitos pasen a depender de los príncipes más poderosos, los únicos capaces de reclutar y sostener estas ingentes masas de hombres. Los estados renacentistas intentan movilizar y equipar la mayor cantidad posible de soldados. Cuando la disciplina y el armamento son semejantes, la victoria es del ejército mayor en número. El triunfo espera a aquel que sea capaz de movilizar efectivos en cantidad creciente y dotarlos de forma adecuada. La cantidad de soldados a disposición de los estados aumenta de manera exponencial. El emperador Carlos V ya cuenta con un ejército de más de 150.000 combatientes, algo que hubiera resultado impensable en la época medieval. En los primeros años del reinado de Felipe IV se sobrepasan los 200.000.

6 Caballería pesada francesa.

El símbolo de este ocaso del caballero feudal a manos del infante provisto de armas de fuego lo constituye la muerte de Pierre Terrail, *"el caballero sin miedo y sin tacha"*. Terrail, Señor de Bayard y prototipo de caballero, muere en 1524 durante una gallarda escaramuza, al quebrarle la espina dorsal un arcabuzazo anónimo. *"Su muerte fue llorada por amigos y enemigos"*.

Un nuevo soldado profesional a sueldo acaba dominando el panorama militar europeo. Este término, *soldado,* sirve en época moderna para identificar un tipo específico de combatiente, el que está *a sueldo del rey,* caracterizado por poseer fuero militar y estar al servicio permanente de la Corona.

Con el paso del tiempo, los ejércitos se transforman de huestes feudales regidas por las leyes de la caballería a contingentes profesionales movidos por la soldada, mezcla de fuerzas voluntarias y unidades mercenarias combatiendo juntas y en servicio de un rey. Mucho tiene que ver en ello la aparición de las armas de fuego que vulgarizan la guerra y centralizan el poder en manos de la monarquía. Como dice Cervantes las nuevas armas de fuego permiten que *"una mano baja y cobarde pueda arrebatar la vida al más valeroso caballero"*. Especial importancia tienen las armas de fuego portátiles, como el arcabuz, artilugio capaz de ofender con impunidad a distancia. Esta *diabólica invención*[7] presenta además el atractivo de que su empleo requiere escaso aprendizaje[8]. *"Mientras podían bastar unos pocos días y un buen sargento instructor para obtener un arcabucero razonablemente bueno, se requerían muchos años y todo un estilo de vida para conseguir un arquero competente"*.

Además, es idóneo para el soldado español, menudo de estatura y propenso a actuar por propia iniciativa, un arma propicia a su *"vivo y despierto natural"*[9]. Su uso generalizado provoca el inexorable declive de las heroicas cargas de caballería y un giro copernicano en el planteamiento de la guerra. Todo un orden social se ve amenazado por las nuevas armas. Principalmente por el arcabuz, una evolución del tosco trueno de mano del siglo XV que puede ser manejado por un solo hombre, gracias a su ligereza y a la sencillez de su mecanismo de disparo. Básicamente un tubo de hierro montado sobre un armazón de madera, no solo iguala al plebeyo con el noble en el campo de batalla, sino que incluso le otorga cierta superioridad. Los

7 Miguel de Cervantes.

8 J. F. Guilmartin.

9 Juan de Salazar, *Política española,* 1619.

ejércitos de arcabuceros y piqueros se convierten en los indiscutibles dueños de los campos de batalla. En especial a partir de Ceriñola en 1503, donde las fuerzas españolas, provistas de armas de fuego portátiles, derrotan a un ejército francés, de corte medieval, cuatro veces más numeroso. Supone el fin del combate al estilo medieval y el inicio de un nuevo arte de la guerra. Es el advenimiento de la infantería moderna, más ágil y flexible que los macizos cuadros de piqueros suizos, que revoluciona la forma de combatir.

En España, aparece por primera vez documentado el uso de armas de fuego en 1343, en el sitio de Algeciras por Alfonso XI de Castilla[10]. Los sitiadores refieren haber recibido bolas de hierro y proyectiles ardientes disparados por unos artefactos a los que denominaron *truenos*. Paulatinamente se va adoptando el uso de estas nuevas armas, hasta que a lo largo del siglo XV se generaliza su empleo, multiplicándose sus formas y tamaños. Será España la primera nación en introducir el uso masivo de armas de fuego en los campos de batalla. Su precoz uso en las formaciones de infantería, en el laboratorio de las guerras italianas de inicios del siglo XVI por parte del Gran Capitán, ayuda a los españoles a hacerse con innumerables victorias. Su efecto llega a ser tan determinante que Carlos V afirma que *"la suerte de mis batallas ha sido decidida por la mecha de mis arcabuceros españoles"*.

Estas nuevas armas moldean la estructura de los estados. Con ellas *"se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios…"*[11]. El coste de la naciente artillería y el enorme gasto que significa equipar grandes cuerpos de arcabuceros se hace excesivo para ser afrontado por individuos particulares y, en consecuencia, solo un Estado centralizado puede permitírselo. Las nuevas piezas de artillería son caras y complicadas de utilizar. El alto coste de la artillería se debe a los elevados sueldos de los escasos especialistas en su manejo y por lo trabajoso y oneroso de la fabricación de las piezas. Un adecuado parque artillero solo puede ser sufragado por las nacientes monarquías. Por eso la artillería siempre fue considerada el arma del rey por excelencia, la *ultima ratio regis.* El poder militar renacentista se focaliza en la Corona, es decir, el Estado. Ha llegado la hora de los grandes estados con capacidad para movilizar enormes ejércitos.

---

10 Probablemente se había utilizado con anterioridad en Alicante, en 1331, durante el reinado de Alfonso IV El Benigno de Aragón.

11 Miguel de Cervantes.

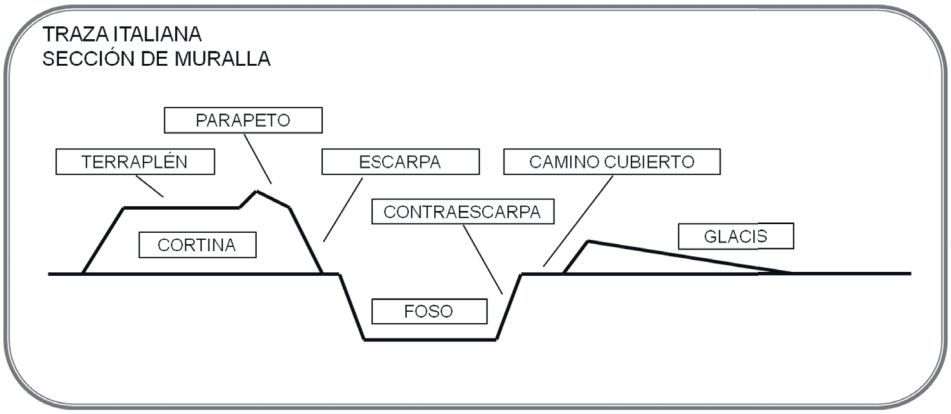
Fortificaciones artilladas

Otro aspecto destacable de esta época, que acaba de eclipsar totalmente a la caballería como fuerza importante de combate, es la espectacular evolución de las fortificaciones. Surge un nuevo estilo, la *traza italiana*, para contrarrestar el demoledor efecto que la naciente artillería pirobalística tiene en las tradicionales murallas verticales de tipo medieval. Ya en 1440, Leon Battista Alberti, humanista y arquitecto, en su obra *De re aedificatoria* propone una fortaleza con muros en diente de sierra y forma estrellada, para resistir mejor el fuego artillero. Será en 1485 cuando broten en Italia las primeras fortalezas abaluartadas, que acabarán imponiendo su tiranía en la forma de guerrear en Europa.

Este estilo moderno será la única defensa efectiva contra la revolución de la pólvora. Lo resume de forma lapidaria el arquitecto militar Francesco Laparelli: *"Es imposible defender una plaza sin bastiones contra un ejército con artillería"*. Ante el creciente poder devastador de la artillería es preciso oponer estructuras más poderosas y resistentes, y dotadas de bastiones que permitan emplazar la propia artillería para hostigar a los sitiadores.

Las escasas vías transitables de la época son embudos por los que un ejército invasor esta forzado a pasar. Ante esto, los estados toman precauciones levantando fortificaciones en las confluencias de ríos, desfiladeros y cruces de vías. Una ciudad o fortaleza fuertemente defendida es demasiado peligrosa como para dejarla atrás en la estela de un ejército que avanza: se hace necesario conquistarla a cualquier precio o representará una constante amenaza para los lentos y vulnerables convoyes de suministros. Este hecho cambia de raíz la forma de hacer la guerra y, como veremos, tiene enormes repercusiones en el apoyo logístico a un ejército.

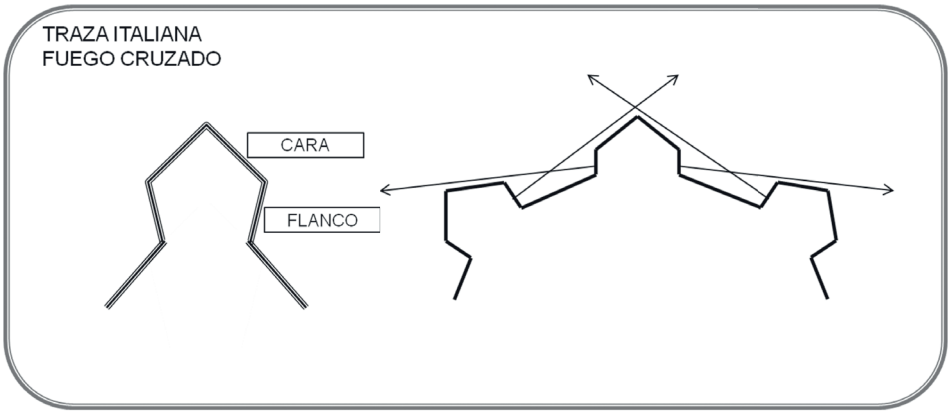
El nuevo estilo de construcción triunfa con rapidez. Se crean fortificaciones de nueva planta y se interviene para adaptar las viejas fortalezas medievales. La nueva traza, con muros bajos y gruesos de piedra y arena que contrarrestan el poder de los nuevos cañones, hace enormemente costoso tomar una ciudad al asalto, conduciendo a interminables bloqueos. La efectividad de la traza italiana se demuestra por primera vez en la defensa de Pisa en 1500 frente a un ejército conjunto de florentinos y franceses. Serán, por tanto, los asedios las más habituales y resolutivas operaciones militares, las escasas batallas campales que se producen se disputan habitualmente en socorro de una



Sección de una muralla según la traza italiana (Dibujo del autor).

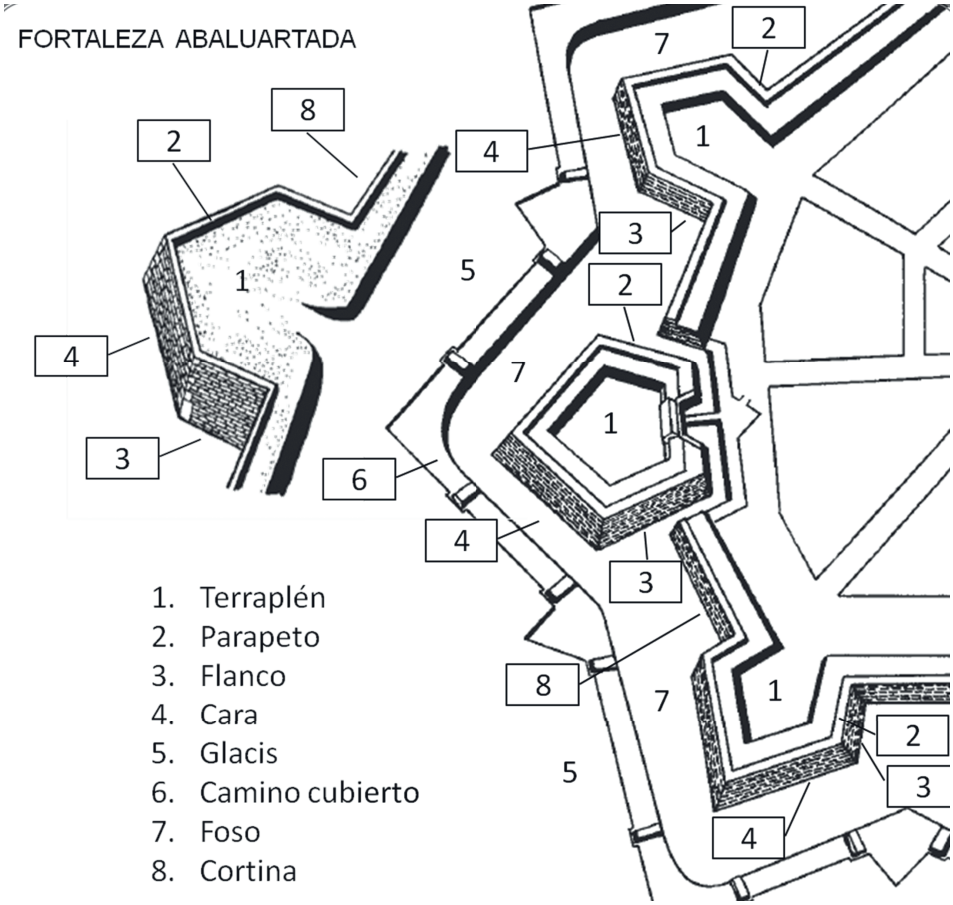
plaza fuerte asediada. La toma de plazas y fortificaciones que defienden los centros políticos y las zonas que de ellos dependen es el método por excelencia que asegura la consecución de los objetivos militares. Se ha pasado de la fortificación dominante, propia del Medievo, a la nueva fortaleza rasante. Estas fortificaciones *a lo moderno* se caracterizan por perfiles bajos, planta estrellada, esquinas guarnecidas por baluartes de planta poligonal que cruzan sus fuegos y obras exteriores situadas más allá del foso principal, como medias lunas, revellines u hornabeques. Las defensas abaluartadas no presentan una alzada imponente sino que intentan pegarse al terreno ofreciendo el menor blanco posible a los cañones de batir enemigos. Festoneadas de bastiones y sin ángulos muertos para la propia artillería, son muy difíciles de atacar dando lugar a tediosos e interminables asedios. Los bastiones ubicados a intervalos regulares permiten mantener alejada la artillería enemiga de las murallas y propician un mortal fuego de flanqueo contra cualquier intento de asalto. Ha nacido la *fortaleza artillada*.

La construcción de estas nuevas defensas resulta enormemente costosa. La ciudadela pentagonal de Amberes, encargada en 1567, supuso la retirada de 590.000 metros cúbicos de tierra y la construcción de otros 200.000 de albañilería, tardando más de tres años en terminarla. Lo más trabajoso es cavar los profundos fosos, que en Flandes suelen estar inundados. La gran masa de tierra extraída se aprovecha. Por el lado interior, para levantar la cortina, un talud capaz de absorber las balas de cañón. La cara exterior de la cortina, la escarpa, se reviste de piedra, y su parte superior se remata con un parapeto, que ofrece protección a los tiradores que se agolpan en el terraplén.



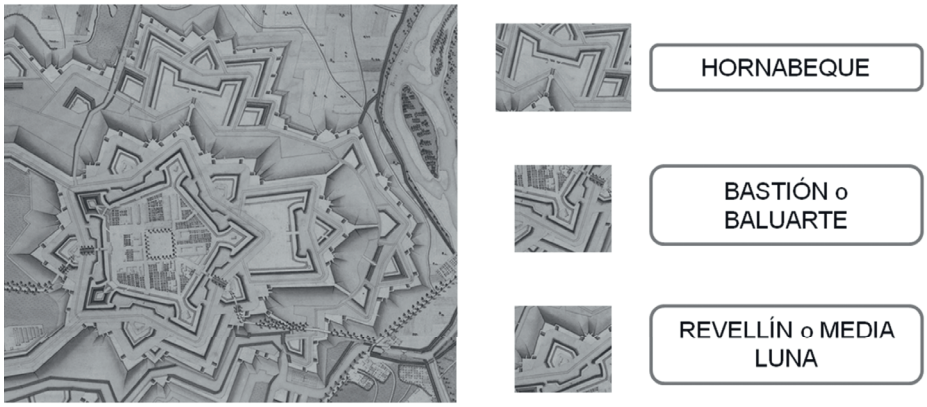
Fuego cruzado desde los flancos de los baluartes. Este tipo de fortificación no presenta zonas desenfiladas. (Dibujo del autor).

Por el lado exterior del foso se eleva el glacis, tierra dispuesta en larga y suave pendiente desde la cresta del camino cubierto hasta confundirse con el terreno, que desvía los disparos proyectándolos por encima de las defensas. Rematado, a menudo, con una empalizada, protege un camino cubierto en el que se ubican los mosqueteros para hostigar a los atacantes. Los muros de piedra, rellenos de tierra para absorber los impactos, se adaptan con perfección al terreno, exponiéndose lo menos posible al fuego contrario. Están trufados de baluartes pentagonales, atestados de armas de fuego, que se proyectan más allá de la muralla. La forma pentagonal de los baluartes evita que queden espacios desenfilados libres del fuego defensivo. Estos baluartes son magníficas plataformas artilleras. En sus flancos se colocan piezas menudas en desenfilada que protegen los fosos y el perímetro más próximo. En las caras de los baluartes se emplazan las piezas de más grueso calibre para cañonear al enemigo a la mayor distancia posible. La distancia entre bastiones permite batir a cualquier enemigo que alcance uno de ellos. En el foso se colocan revellines, grandes muros falsos triangulares, que dividen un ataque y, en la oscuridad o el fragor del combate, pueden engañar a los hombres haciéndoles creer que han alcanzado la verdadera muralla. Frente a murallas y baluartes se alzan una serie de obras exteriores: media lunas, hornabeques, falsabragas... que impiden el fuego directo del enemigo contra la fortificación principal. Estas obras hacen más lento el ataque, ya que se deben tomar primero las sucesivas líneas exteriores antes de proceder a expugnar el muro principal. Obligan al enemigo a desgastarse combatiendo



Fortaleza con baluartes según la traza italiana (Dibujo del autor).

en posiciones que no comprometen la seguridad de la plaza. Las líneas de tiro están calculadas con extremo cuidado. Lo prioritario en la construcción de una fortaleza son estas estimaciones, el plan de fuegos. Especialmente, el fuego de flanqueo que se efectúa desde un baluarte contra los alrededores del siguiente y que debe ser planeado con total precisión. Solapando el fuego desde el camino cubierto, el parapeto o los baluartes, una guarnición suficientemente nutrida puede desanimar al más pintado de hacer un asalto a pecho descubierto, obligando a procedimientos más parsimoniosos como el minado o la rendición por hambre. Como se decía, había que servirse "*del*



Principales obras en una fortificación de estilo moderno (Citadelle de Strasbourg).

azadón y la pala, y de las minas, que ahorraban soldados, y guardarse de los asaltos, que suelen ser la ruina de los ejércitos"[12].

En efecto, una ciudad bien defendida puede arruinar un poderoso ejército. Mientras una fuerza en movimiento se alimenta con relativa facilidad, cuando se detiene los alrededores se agostan tarde o temprano y el fantasma del hambre aparece. Los grandes contingentes y sus indisciplinadas hordas de seguidores dejan exhausto un territorio con gran rapidez. Este hecho, conocido por los generales de la época, condiciona su estrategia. Los ejércitos se ven obligados a vagar de un lado a otro, como bestias errantes, buscando zonas que ofrezcan sustento a sus hombres. Y los buenos estrategas intentan bloquear al enemigo, confinándolo en una zona asolada, para esperar con paciencia su desintegración. Esto último sucede en la expedición realizada por el ejército de Carlos V, en 1536, para invadir el sur de Francia. El condestable de Francia, Anne de Montmorency, se limita a reforzar las plazas que puede defender, negando el acceso de los españoles a toda fuente de alimentos. Practica la táctica de tierra quemada ante la imposibilidad de presentar batalla a la fuerza invasora. Cuando estos se ven obligados a entrar tierra adentro alejándose de las naves de suministro su logística se viene abajo. La falta de provisiones provoca la muerte de centenares de caballos y obliga a los soldados a alimentarse con uvas verdes y grano sin moler, causando una epidemia de disentería. Mientras, Montmorency espera pacientemente en

12 Alonso de Cepeda, *Epítome de la fortificación moderna*, Bruselas 1669.

su campo fortificado. A los tres meses de iniciada la invasión de Provenza, Carlos V se encuentra en un callejón sin salida. La invasión fracasa finalmente porque las tropas del Emperador no encuentran adversarios con los que luchar ni suministros con los que sustentarse.

La proliferación de fortalezas obliga a los atacantes a desangrarse en largos y costosos sitios, ya que resulta impensable dejar atrás obstáculos que pueden paralizar el sistema de suministros de un ejército invasor. Además, las ciudades son centros de acumulación de los tan deseados abastecimientos y la conquista de una plaza otorga el dominio de su entorno del que poder extraer alimentos y dinero para subsistir. Los asedios fueron tan habituales, que hubo poblaciones que cambiaron con enorme frecuencia de manos. Así, Rheinberg pasó de un bando a otro en tantas ocasiones, en 1597, 1598, 1601 y 1606, que llegó a ser conocida como *"la puta de la guerra"*.

Cuando la naturaleza de las operaciones es sedentaria, como en el asedio de una plaza fuerte, las fuentes locales de abastecimiento se agotan en poco tiempo y el hambre aparece cada vez que el sitio se prolonga más de lo esperado. Esto se ve agravado por las medidas que una plaza toma al prepararse para un largo asedio. Se envían partidas a los alrededores para trasladar la mayor cantidad posible de provisiones, ganado o forraje hasta el interior de los muros. Así, añaden víveres a sus almacenes y se priva al asaltante de ellos. También se evacuan las bocas inútiles, no combatientes, para disminuir el consumo de provisiones y alargar el asedio.

Asediar una fortaleza bien defendida requiere tiempo y una eficaz logística. Capturarla antes de que los recursos de la comarca circundante se terminen es un problema crucial en la guerra. Cuando el entorno se agota hay que alimentar el campo sitiador para evitar su disgregación mediante el sistemático envío de suministros, desde largas distancias y con enormes dificultades. Son precisos gigantescos convoyes de miles de carros para transportar todo lo necesario.

El refinamiento de estas fortificaciones *a lo moderno* hace que tomarlas a *golpe de hombres* suponga un coste en vidas inasumible. Es preferible esperar, ejerciendo la bíblica virtud de la paciencia, a que se agoten los víveres y el hambre haga el trabajo de las armas. El bloqueo total de una plaza y su rendición por hambre imperan sobre la antigua táctica del asalto. Como dice Geoffrey Parker, *"…la inmensa mayoría de las acciones de guerra más importantes llevadas a cabo por el Ejército de Flandes fueron bloqueos por*

hambre"[13]. El asedio formal de una gran fortaleza es una de las empresas más complejas que puede acometer un ejército. En Flandes este tipo de combate adquiere una especial importancia. Las diecisiete provincias de los Países Bajos españoles constituyen un territorio de reducida extensión pero muy densamente poblado. Esto se traduce en una gran proliferación de poblaciones fortificadas, muchas de ellas cercadas de inexpugnables murallas. Además, las limitaciones financieras y el temor a unas tropas enemigas mejores y más experimentadas lleva a los rebeldes holandeses a desarrollar una estrategia eminentemente defensiva. La de Flandes es, en esencia, una guerra de asedios, largos, difíciles y costosos, que atrajo a lo más granado de la ingeniería militar europea[14]. En esta contienda se alcanzan las más altas cotas de desarrollo de las artes de la fortificación y expugnación de plazas.

En Flandes, los holandeses perfeccionaron la construcción de estas fortalezas rasantes, levantando los bastiones con gruesos taludes de tierra, defendidos con empalizadas y fosos inundables mediante esclusas. La necesidad de fortificar con rapidez numerosas poblaciones, el paisaje llano y pantanoso y la carencia de piedra obligan a los ingenieros holandeses a emplear soluciones propias de la fortificación de campaña. La escuela de fortificación holandesa opta por dejar la tierra al aire, trabando solo la base con muros de piedra. Estas fortificaciones holandesas, trufadas con lunetas y hornabeques, pueden hacerse con rapidez y a un menor coste. Y la tierra absorbe muy bien los impactos de artillería sin soltar esquirlas. Pero tienen un carácter temporal, no son duraderas y exigen un mantenimiento constante. Reductos y ciudadelas proliferan como setas, formando un complejo sistema defensivo para protegerse de las temidas ofensivas españolas. Un entramado de fortalezas que fue capaz de poner en jaque al considerado mejor ejército del mundo.

Este tipo de lucha obliga a los españoles a tomar una fortaleza tras otra, con grave merma de tiempo, hombres y dinero. Las condiciones de Holanda y Zelanda son ideales para esta manera de guerrear: muchas ciudades fácilmente defendibles rodeadas por diques, zonas inundables, complicados accesos y una tupida red de fortalezas. Los españoles, muy a menudo, acaban extenuados, ayunos de todo y metidos hasta el cuello en insalubres trincheras inundadas, mientras los sitiados disfrutan de opulentos lujos

13 Geoffrey Parker, op. cit.

14 Pierre Chaunu la calificó de guerra poliorcética.

gracias a los suministros que les llegan con puntualidad en barco por alguno de los numerosos canales que convergen en las ciudades flamencas. En estas luchas ni se da ni se pide cuartel y los continuos asedios llevan al Ejército de Flandes al borde de la extenuación. Cómo advertía Luis de Requesens a su rey en 1574: *"Reducir por fuerza 24 villas que hay rebeladas en Holanda, tardándose en cada una de ellas lo que aquí se ha tardado en las que por este camino se han reducido, no hay tiempo ni hacienda en el mundo que baste"*. Las fortalezas artilladas de Holanda y Zelanda desafiaron todos los esfuerzos de reconquista del Ejército de Flandes.

Si el asedio se prolonga por mucho tiempo y los sitiadores no disponen de una adecuada articulación de almacenes configurando una línea de abastecimiento regular, sufren escasez de víveres. Padeciendo la falta de suministros, los rigores de la vida al aire libre y los efectos de una forzada inactividad, con frecuencia sus condiciones de vida son harto peores que las de los sitiados.

Así sucede en el asedio de Sluis, en 1587, en el que las tropas del ejército católico soportan enormes penurias. Hundidos en las anegadas trincheras de aproximación, en las que el agua llega al pecho de los soldados, padecen el hambre más cruda. La comida escasea tanto, en un año de cosechas excepcionalmente malas, que los atacantes se ven obligados a alimentarse de hierba y las cañas que crecen en los diques. El capitán Villalobos relata que, durante el asedio de Calais en 1596, los soldados que quedaron aislados en un fuerte rodeado de canales debieron subsistir a base de cangrejos y almejas hervidos en agua salada, bebiendo la poca agua de lluvia que conseguían[15].

Pocas plazas se rinden al primer cañonazo. Ocupar una plaza fuerte defendida por la nueva *trace italienne* requiere varios meses, cuando no años. El asedio y ataque a una ciudad fortificada, plaza fuerte o fortaleza debe seguir unos pasos canónicos insoslayables. Comienza con el acordonamiento de la plaza, ejecutado por unidades de caballería que cortan las comunicaciones con el exterior hasta que llegue el grueso del ejército de sitio. Se sigue con un minucioso reconocimiento para intentar descubrir algún punto débil en el entramado defensivo y determinar los lugares idóneos de acampada del ejército sitiador. Se establecen campamentos atrincherados alrededor de la ciudad donde se fortifican los sitiadores. Se establecen más allá del

15 Diego de Villalobos y Benamides, *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flandes desde el año 1594 hasta el de 1598*, 1612.

límite máximo de alcance de las armas enemigas. En un sitio despejado, apto para el atrincheramiento y con buen acceso a la imprescindible agua. A continuación se inician los trabajos de asedio. En Flandes, se desarrolla un modelo clásico en tres etapas. La primera consiste en completar el cerco, rodeando la plaza con al menos dos grandes líneas de trincheras y fortines. Una, de contravalación para aislar a los defensores y otra, de circunvalación, para protegerse del ataque de una fuerza de socorro. Método, al parecer, utilizado por primera vez por los españoles en el asedio de Mons por Alba en 1572. Esta estrategia de bloqueo solo es efectiva cuando consigue una impermeabilidad total de las líneas de sitio, impidiendo que los sitiados reciban provisiones, tropas o municiones. En la segunda etapa se construyen plataformas para emplazar las pesadas piezas de batir y que desde estos asentamientos comiencen el inclemente castigo de los muros intentado quebrantarlos o al menos debilitarlos. Simultáneamente, se cavan zapas o aproches para allegarse a murallas y fosos, y reducir la distancia de tiro. Se suelen iniciar los trabajos con la construcción de una *paralela*, excavando a partir de ella trincheras en zigzag, *culebreando* para que no las enfile el enemigo. Estos aproches tienen por objeto facilitar la aproximación de las tropas a los muros, así como asentar la artillería a una distancia de tiro óptima. La segunda línea de trincheras se limita al punto escogido para batir las murallas y dar el asalto. Aunque suele trabajarse en otras zonas para confundir a los defensores sobre las verdaderas intenciones de los sitiadores. Las obras se inician a una prudente distancia, a cubierto de los fuegos de los defensores, para ir avanzando paulatinamente con gran esfuerzo. En el extremo de la excavación, el más expuesto a las ofensas enemigas, suelen trabajar tres zapadores. Utilizan la técnica de *zapa llena*. El primero cava un estrecho corredor detrás de un pesado mantelete con ruedas. Los otros dos ensanchan la trinchera y van colocando cestones que rellenan con tierra. La protección de la trinchera se completa con fajinas y apilando tierra y piedras. Su labor entraña poca gloria y mucho peligro. Las zanjas deben tener al menos cinco pies de profundidad (1,60 m) y el ancho suficiente para que formen tres hombres en fila[16].

Se cava lo más cerca posible de la muralla intentando que la trinchera principal acabe desembocando en el foso para facilitar el asalto. Los trabajos avanzan de forma inexorable en dirección a los muros. Con laboriosidad

16 Martín de Eguiluz. *Milicia, discurso y regla militar*, Amberes, 1595.

y a cubierto de los fuegos se van acercando las baterías a las murallas para aumentar su efecto y poder abrir brecha. O, desde las trincheras más próximas a los muros, se cava alguna mina que pueda provocar el colapso de la muralla. En estas minas se depositan toneles de pólvora que se hacen estallar para volar el paño bajo el que se hallan y abrir así a las fuerzas de asedio un paso por el que asaltar la ciudad cercada. La última paralela, protegida por un parapeto, servirá de punto de reunión de los atacantes antes del asalto.

Si llegados a este punto los sitiados no han entrado en razón e iniciado las negociaciones para capitular solo resta comenzar la sangrienta tercera etapa con el asalto y toma de la fortaleza a viva fuerza. Ante una plaza dotada de fortificaciones a lo moderno esta secuencia de sitio podía eternizarse. Y es tal la naturaleza de la guerra de asedio, que el verdadero enemigo, a menudo, no es la guarnición sitiada, sino el tiempo y las enfermedades, que pueden arruinar cualquier ejército por grande y florido que sea.

Al menor atisbo de que una plaza va a ser atacada sus habitantes inician frenéticos preparativos para su defensa. Se introducen tropas de refuerzo, municiones en abundancia y todo tipo de provisiones antes de que el ejército sitiador establezca sus cuarteles y la línea de contravalación. Y, pensando en poner las cosas difíciles al atacante, se registran los campos en decenas de kilómetros a la redonda para confiscar o destruir todo lo que pueda servir para avituallar a los sitiadores. Se talan todos los árboles de los alrededores privando al enemigo de leña y de un lugar en que ocultarse, al tiempo que se obtiene madera para perfeccionar los perímetros defensivos de la ciudad. Se funde la plata de las iglesias para acuñar moneda con la que pagar a los inestables mercenarios, propensos a escuchar a los cantos de sirena del enemigo ofreciéndoles dinero y mercedes para que abran las puertas de la ciudad.

Se refuerzan muros y parapetos. Se derruyen las viviendas de los suburbios extramuros para que no sirvan de protección al enemigo. Y se envían correos pidiendo el socorro del ejército de campaña más próximo. Dentro de la población se mantienen algunas unidades de caballería para hacer salidas contra las líneas enemigas y estorbar el avance de los aproches. No obstante, se limita el número de caballos dado lo difícil que es alimentarlos en una plaza asediada.

Mientras las obras de sitio avanzan los defensores hacen uso de la propia artillería para estorbar los trabajos. Las obras exteriores, revellines y hornabeques, se colman de mosqueteros que vomitan fuego sobre los

zapadores enemigos. Estos llevan a cabo su penoso oficio parapetados tras cestones o bastidores[17] que se adelantan cada noche y que les proporcionan una exigua protección. Cuando las zapas se aproximan los defensores abandonan las obras exteriores concentrándose en el camino cubierto y los baluartes. Un buen gobernador de una plaza intentará una defensa activa, realizando salidas para dañar las obras de sitio, rellenar las trincheras, quitar las herramientas a los zapadores, clavar los cañones y capturar prisioneros. Estas salidas permiten mantener alta la moral de los defensores y ganar un valioso tiempo en espera de alguna fuerza de socorro.

Los sitiadores tratan de adelantar sus posiciones, los sitiados intentan detener los trabajos de sitio. Las escaramuzas entre sitiados y sitiadores se tornan una constante. El continuo hostigamiento de los defensores desangra a los atacantes con un incesante reguero de muertes. Al fin, cuando caen las defensas exteriores los atacantes disponen de espacio suficiente para levantar plataformas artilleras a adecuada distancia de tiro. La artillería menuda barre los parapetos intentando desmontar las piezas del enemigo, los cañones de más grueso calibre baten directamente los lienzos de muralla. Con las baterías emplazadas, la clave para los asaltantes estriba en la buena maña de los artilleros para machacar los muros hasta abrir una brecha practicable. Con el tiempo, se aprende que es mejor abrir brecha en el flanco de alguno de los baluartes, eludiendo en parte el fuego cruzado durante el asalto.

La artillería intenta allanar el camino de la victoria. Inicia su trabajo procediendo al batido metódico de las defensas. La tierra se sacude con el estruendo de los imponentes cañones escupiendo lenguas de fuego. Las pesadas balas desintegran la piedra derramando el relleno de tierra. Los artilleros se afanan con la pericia y el orgullo de profesionales curtidos. Tras haber descabalgado el mayor número posible de piezas enemigas, el fuego se concentra sobre el parapeto que al desmoronarse dejará al descubierto a los defensores. Después bajan el tiro y concentran los disparos en torno a un tercio de la base de los muros. Más abajo su grosor hace inútil el esfuerzo, más arriba la brecha resulta poco práctica al exigir a los asaltantes el uso de escalas. Concentrando los disparos en la base de los muros, intentan que la muralla se derrumbe sobre el foso creando una suerte de rampa con los escombros por la que los asaltantes puedan progresar. Los defensores hacen lo posible por evitarlo, retirando los cascotes y bloqueando la brecha con

17 Blindas o candeleros.

parapetos, barricadas o *caballos de Frisia*. Y cubriendo los escombros con abrojos de hierro destinados a clavarse en los pies de los asaltantes.

Los muros tiemblan con el rítmico martilleo de los grandes cañones. Los recalentados ingenios siguen disparando sin respiro. Algunas piezas de los asaltantes que se han dedicado a hacer fuego de enfilada, machacando las troneras hasta desmontar los molestos cañones de los defensores, se centran ahora en disuadir a estos de construir obstáculos sobre la rampa. Un velo de humo, espeso y acre, flota sobre los muros agitándose cada vez que una bala lo atraviesa a toda velocidad. Si cae la noche antes de poder dar el asalto, los defensores intentarán convertir la brecha en una trampa mortal. Pueden enterrar minas en la rampa que explosionarán cuando la concentración de asaltantes en ella sea mayor. Pueden cavar trincheras en lo alto de las brechas o levantar parapetos. Por eso algún cañón atacante pasará toda la noche disparando a ciegas sobre la brecha, disuadiendo a los defensores de acercarse. El estrépito del cañón, que de noche suena anormalmente alto, hace que los miembros de la guarnición no puedan conciliar el reparador sueño que tanto necesitan. Una vez abierta una brecha practicable, suficientemente ancha y libre de obstáculos, los defensores se aprestan a la espera del inminente asalto.

Pero la idea de tomar una plaza bien defendida mediante un asalto incruento es una mera quimera. Los soldados saben que se les va a exigir que avancen hacia los muros superando todos los obstáculos, trepen con enorme esfuerzo por la improvisada rampa y se abran camino a la fuerza en una lucha encarnizada. Todo progresando en un frente estrecho formando una abigarrada amalgama de tropas que constituye un blanco perfecto. Saben que les espera sangre, dolor y muerte. Asaltar una brecha es posiblemente la peor experiencia a la que puede enfrentarse la gente de guerra. Los infantes van a desafiar lo más parecido al averno que han visto nunca. Les espera un camino trufado de peligros. Deben recorrer decenas de metros de terreno abierto, superar glacis y foso y ascender apretujados en un angosto espacio por la brecha, donde recibirán el fuego más intenso. Saben que serán multitud los que ese día entreguen a Dios el ánima.

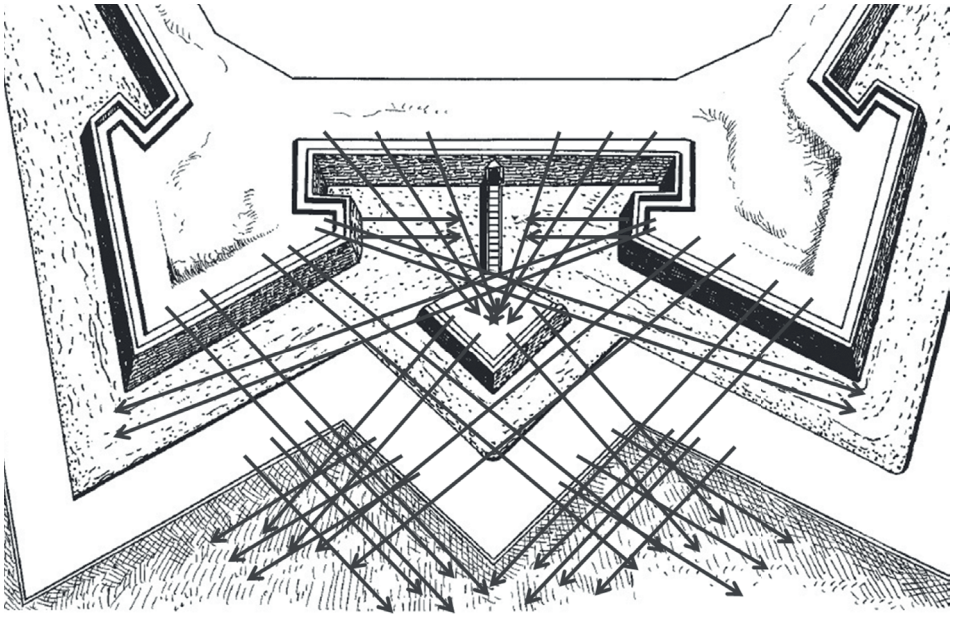
Los cañones desgarran el aire, apoyando el asalto. Baten la muralla hasta que las propias fuerzas interfieren su línea de tiro. Intentan allanar el escabroso acceso, llenando la atmósfera de humo y polvo. Los artilleros, previendo el inminente asalto, se empeñan con redoblado esfuerzo como si cada disparo pudiera salvar la vida de algún soldado. Pero este intenso

fuego tiene la contrapartida de delatar la inminencia del ataque y alertar al enemigo. Doblan las campanas a rebato, los sitiados, ante el inminente asalto, se aprestan a la defensa y en los muros se apelotonan los defensores armados hasta los dientes. Se ordena zafarrancho y se prepara el asalto. El general pone en orden su gente. En uso de sus atribuciones, designa la nación, capitanes y maestre de campo que han de ser de vanguardia, desplegándose armados en la última trinchera, a tiro de arcabuz de las murallas. El resto del ejército, dispuesto en batalla, forma más allá del alcance de los cañones montados en los bastiones. Los asaltantes esperan con angustia la señal de ataque agazapados a cubierto. Sentados con la cabeza gacha, consumidos en sus pensamientos, alguno musitando una oración, otro vomitando, todos con un sudor frío resbalando por la cara surcada de cicatrices. A la señal se ponen en pie trabajosamente con un entrechocar de metal, sopesando sus armas para formar la columna de asalto. La hora ha llegado. Las formaciones avanzan al paso, con los primeros hombres portando *fajinas* con las que cegar el foso. Se mueven despacio, hundiendo los pies en el negro cieno. El hueco que dejan en las trincheras lo ocupan arcabuceros y mosqueteros que ahí guarnecidos cubrirán una posible retirada de la gente de asalto. Mientras tanto, apoyan el avance hasta el último momento, ocupando al enemigo con sus disparos para que no se descubra hasta que se llegue a las manos con los atacantes.

El asalto ha empezado. Una multitud de atacantes progresa penosamente, sobrecogidos por la intensidad del fuego que emana de las maltrechas murallas, intentando eludir explosiones, disparos y cascotes. Los cañones truenan lanzando una lluvia de muerte. Tratando de capear el vendaval de hierro y fuego, la guarnición se parapeta en sus posiciones. Los defensores responden al ímpetu y furia de la fuerza de asalto con ánimo y determinación utilizando toda suerte de ingenios. Miríadas de armas de todo tipo, como heraldos de la parca, escupen sus llamaradas desde las troneras ocultando con nubes de humo los negros muros. Solapando fuegos desde las cortinas, los bastiones y el camino cubierto barren sin piedad a los asaltantes que ascienden con enorme esfuerzo por el glacis.

Si, a pesar de todas las dificultades, los atacantes alcanzan el foso les espera ahí una despiadada tormenta de fuego cruzado procedente de los flancos de los bastiones. El caos es indescriptible, el fuego de la mosquetería y el resplandor de las explosiones se unen al griterío ensordecedor y a los lamentos de heridos y agonizantes. Las filas de jadeantes asaltantes se apretujan por

la escasez de espacio, empujándose unos a otros, mientras los defensores en los bastiones se turnan para concentrar sus fuegos sobre ellos. Ciegan el foso con fajina y tierra para seguir progresando, mientras el estrépito de las armas ahoga los gritos con que tratan de infundirse ánimo. A cada paso están a pique de perder la vida. Los defensores cargan los pocos cañones que quedan operativos con *metralla*: balas de mosquete, clavos, cadenas o cualquier objeto metálico. Disparan a quemarropa sobre la cerrada masa de asaltantes produciendo un enorme número de bajas, una carnicería. Los asaltantes amontonados en el foso son masacrados sin clemencia sin hallar ningún lugar que no esté batido por el fuego. Muchos son enviados a cenar al infierno entre maldiciones, otros siguen porfiando por avanzar. Si, a pesar de todas las dificultades, logran llegar al pie de las murallas entran en juego los *barrefosos*. Estas *caponeras* son unas troneras ubicadas en los flancos de los bastiones, lo más bajo posible para hacer un fuego rasante sobre el foso de efecto demoledor. Son tan temidas que su mera presencia puede frenar un asalto. En alguna ocasión una de estas oscuras troneras detuvo alguna columna asaltante, a pesar de estar vacía y sin defensores. Si sobreviven a las descargas a quemarropa de las caponeras, deben trepar hacia la empinada brecha, asfixiados por la espesa humareda y entorpecidos por las propias armas que no les permiten utilizar las dos manos para escalar. Escalan por la escarpa hasta el pie de las murallas. Acribillados por la metralla y por todo aquello que los defensores pueden lanzarles: granadas, barriles de pólvora, artefactos pirotécnicos, piedras… realizan un supremo esfuerzo por coronar la brecha. Los hombres, envueltos en humo, gritan con voz ronca mientras ascienden en tropel y las balas caen sobre ellos con un ruido sordo. Mueren a docenas pero continúan empujando hacia arriba. Los cañones de sitio intentan apoyar el avance hasta el último momento. Pero, ante el riesgo de alcanzar a sus propios hombres, enmudecen o hacen fuego solo con pólvora, sin proyectil, obligando a algunos enemigos a permanecer a cubierto haciéndoles creer que el bombardeo continúa. Finalmente se gana la muralla, en la que se han hecho fuertes los últimos defensores. En la brecha, colmada de obstáculos, espera a los asaltantes la última resistencia. Entran en acción espadas, chuzos y alabardas para luchar en una vorágine de muerte cuerpo a cuerpo. Aupándose sobre muertos y moribundos, embisten con la saña de lobos enloquecidos por la sangre. Pelean a muerte por cada palmo de terreno. Si consiguen arrollar al enemigo la victoria será suya al fin, ondeará su enseña en la batería y la fortaleza estará perdida.



Esquema de fuegos en una fortaleza abaluartada. Los asaltantes debían afrontar fuegos procedentes del camino cubierto, el revellín, los baluartes, la cortina y los barrefosos. (Dibujo del autor).

Pero, muy a menudo el asalto finaliza con el atacante rechazado y en desbandada, dejando atrás una pila de muertos y moribundos. Aun con una brecha practicable abierta, el asalto es una maniobra de enorme riesgo que se intenta evitar. Un asalto poco meditado suele acabar en una despiadada masacre, con la ruta de ataque jalonada de cadáveres. Escenas que parecen sacadas del *Infierno* de Dante. El desastre se verá agravado ya que en la escabechina se habrán perdido los mejores hombres que normalmente son los que encabezan el asalto. Al ser este una operación tan delicada se escoge a las mejores unidades para formar la vanguardia. Una fortificación moderna dotada de una guarnición suficiente y decidida, y un número adecuado de armas de fuego, resulta casi invulnerable a un asalto. Suele resultar preferible mantener el asedio hasta la inanición del enemigo a derramar copiosamente la propia sangre[18]. Por tanto, afrontar un largo asedio resulta en la práctica casi inevitable.

La expugnación de una fortaleza *abaluartada* no solo dura más tiempo, sino que implica la intervención de muchos más soldados. Estas fortificaciones

18 La estrategia que los romanos denominaban *sedendo et cunctando* (sentado y esperando).

están concebidas para *"con pocos soldados resistir a muchos"*[19]. El ingeniero y estadista Vauban[20] considera esencial para el éxito de un asedio una proporción de diez sitiadores por defensor, con un mínimo de 20.000 hombres. Para capturar Ostende fue preciso reunir un ejército como hacía mucho tiempo no se veía en Flandes, haciendo una leva de tropas alemanas y valonas y trasladando desde Italia, por el Camino Español, un tercio de españoles y tres de italianos. Al comienzo del bloqueo de esta estratégica plaza se calcula que los soldados desplegados en tareas de expugnación sobrepasarían los 12.000, aumentado esta cantidad en momentos puntuales del asedio[21]. Se hace preciso concentrar, alojar, alimentar y pagar a verdaderas multitudes. Los asedios consumen una campaña entera y cuestan fortunas.

Si no se puede tomar la plaza por un asalto sorpresivo, la *escalada*[22], hay que pasar por muchas engorrosas servidumbres. Una vez que la ciudad cierra sus puertas *a cal y canto*[23] y se apresta para la defensa, el asalto inmediato queda casi descartado. Hay que erigir y guarnecer obras de asedio, hasta que los defensores se rindan por hambre, o las trincheras se acerquen tanto a las murallas que puedan cañonear a corta distancia, hacer *batería* y dar el asalto, o bien se puedan excavar túneles bajo un bastión e instalar en ellos minas de pólvora. Los trabajos se encaminan a facilitar la aproximación de los sitiadores a los muros, a cubierto de los fuegos de los asediados, hasta llegar a distancia de asalto de una brecha practicable, abierta por la artillería o por la explosión de una mina. Pero, todos estos procedimientos tienen en común su larga duración. Un asedio requiere mucho tiempo.

En Flandes: Haarlem, el primer gran asedio, duró siete meses; Breda tardó nueve meses en rendirse por hambre y llevó más de tres años asaltar la ciudad portuaria de Ostende, que se consideraba inexpugnable por sus sólidas fortificaciones y estar rodeada de marismas, canales y lagos. Hubo fortalezas que resistieron todos los sitios y se convirtieron en la tumba de la

---

19 José Cassani, *Escuela militar de fortificación ofensiva y defensiva, arte de fuegos y de escuadronear*, 1705.

20 Sébastien Le Prestre, marqués de Vauban. Mariscal de Francia, oficial de artillería y principal ingeniero militar de su tiempo, afamado por su habilidad tanto en el diseño de fortificaciones como en su conquista. Llegó a participar en 42 asedios

21 Rubén Sáez Abad.

22 Ataque repentino y por sorpresa a una plaza.

23 Se bloquean todas las puertas, salvo una o dos para permitir las salidas de los sitiados y la llegada de refuerzos o provisiones.

reputación de prestigiosos generales. Ni el valor de los soldados ni el ejemplo de los capitanes eran capaces de doblegarlas.

La amenaza de la caballería enemiga a las líneas de abastecimiento y la falta de caudales, pueden provocar que los soldados mueran literalmente de inanición en las trincheras. La larga duración de los asedios y el gran número de tropas que intervienen en ellos complican de modo extraordinario el apoyo logístico. Lo expresa perfectamente Gonzalo Fernández de Córdoba, nieto del Gran Capitán, en una carta en la que confía a su hermano la gran dificultad que está presentando el asedio de la plaza de Casale[24]: "*Veo que estos asedios se engañan mucho en su duración […] y el señor duque piensa que con buenas palabras puedo dar de comer a un ejército y se engaña mucho, que milagros ni su excelencia ni yo los sabemos hacer…*"

Si una campaña se alarga en exceso causa la desintegración de un ejército completo, por masivas deserciones o amotinamiento. Un inacabable asedio puede provocar que el ejército ofensor tenga que retirase humillado con grave merma de gente y reputación. Ejércitos inmensos pueden quedar prácticamente deshechos asediando una ciudad sin apenas combates, teniendo incluso más bajas que si hubieran perdido una batalla. Armadas enteras pueden desintegrarse, como relata el capitán Alonso Vázquez que sucedió en el sitio de Ninove, en 1582. *"Del ejército católico se deshizo la mayor parte, muertos de hambre y de frío, y algunos que se desmandaban a ir a buscar de comer, no volvían, porque les cogía la muerte en el camino o los enemigos se la daban…"*[25].

Para una ciudad un asedio representa la cara más atroz de la guerra. Nos han llegado angustiosos testimonios que permiten reconstruir la secuencia de acontecimientos que se daba en los cercos más despiadados. En el momento mismo en que se pone sitio a una ciudad, los precios del pan y otros víveres se ponen por las nubes. Puede bastar una semana o dos para que se duplique el número de pobres y se extendiera el hambre lo suficiente para trocar en míseros mendigos a atribulados artesanos y burgueses. Muy pronto, tanto paisanos como soldados ven reducirse drásticamente sus raciones diarias de los alimentos más básicos por causa del bloqueo cada vez más riguroso. Con el tiempo, estallan amargas disputas en torno a la cuestión de si deben expulsar o no de la plaza a las bocas improductivas. La teoría militar no

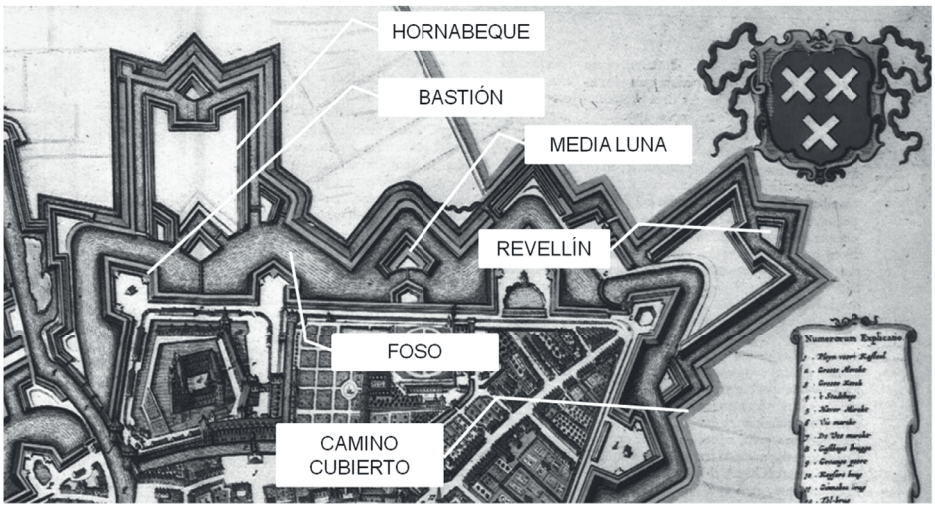
24 Durante la conocida como Guerra de Sucesión de Mantua (1628-31).

25 Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese*, 1614.

se andaba con escrúpulos al respecto. Cuando una ciudad sufre asedio y escasean las provisiones de boca, es necesario poner al otro lado de los lienzos de las murallas a todo aquel que no sea de provecho. Mendigos, enfermos, mujeres, ancianos, niños… todos aquellos *"que no sean aptos para otra cosa que comer"*. Sabiendo que los que sean expulsados extramuros por la fuerza entre gritos y quejas, quedan a merced de los soldados del enemigo que pueden maltratarlos o matarlos impunemente. El asedio persiste con la esperanza para la ciudad cercada de resistir lo máximo posible, hasta que la desesperación empuje a desistir a los restos maltrechos de las unidades de asedio o reciban el ansiado socorro. Las incursiones, las escaramuzas y los bombardeos se convierten en el amargo pan de cada día. Se agrava la situación a medida que menguan los víveres disponibles. Los alimentos escasean y se encarecen de forma vertiginosa. La autoridades se ven obligadas a requisar todo el trigo que sigue en manos privadas y almacenarlo en algún depósito comunal para hacer pan para toda la población. No obstante, cuando más se aprieta el asedio siempre hay quien intenta obtener beneficio. Si alguien logra introducir víveres de manera subrepticia en la ciudad puede amasar toda una fortuna. Sin embargo, se arriesga a ser linchado en el acto en caso de ser descubierto. Conforme pasa el tiempo aumentan las deserciones de soldados que se pasan al enemigo a cambio de comida o dinero. La ración diaria de pan se va reduciendo a unos pocos gramos, siendo siempre superior para los soldados que para los civiles. Se intenta tener a las tropas lo mejor alimentadas posible, ya que son las únicas capaces de evitar que la plaza caiga en manos de los sitiadores. Dado que están dispuestos a dar su vida en las murallas y terraplenes de la plaza, los combatientes deben figurar junto con las principales familias en los primeros puestos a la hora de efectuar el reparto, cada vez más magro, de alimentos. Pero esto hace que la comida disponible para el resto de la población se reduzca.

La artillería sitiadora descarga sobre la ciudad una tormenta de proyectiles reduciéndola, poco a poco, a escombros. No hay casa derribada por bala de cañón a la que no se despoje de cuanto pueda servir de leña para calentarse. Cuando el hambre se exacerba se intenta contrarrestar la angustia con procesiones religiosas, plegarias públicas u otras letanías y rituales. Si el cerco persiste, la ciudad queda reducida a un erial en el que los perros hambrientos revuelven los cascotes en busca de algo que echarse a las fauces.

Las bestias de carga, y después los caballos sirven de alimento. Se comen también los animales de compañía y los que vagan abandonados por la ciudad.



Detalle de alguna de las obras de fortificación de la plaza de Breda que protagonizó uno de los más famosos asedios.

Hasta las ratas se convierten en un bien preciado que se vende a un precio nada desdeñable. En el asedio de La Fère en 1595, los soldados españoles de la guarnición llegaron a comer *"todas las sabandijas caseras y cocidos los cueros de las sillas de los caballos"*[26]. Se ingieren los pellejos de bueyes, vacas, ovejas…, que una vez lavados, restregados y raspados pueden hervirse con paciencia hasta hacerse comestibles. Jean de Léry, pastor hugonote que vivió el asedio de Sancerre en 1572, detalla el procedimiento. Se ponían en remojo las pieles durante uno o dos días y se les cambiaba a menudo el agua. A continuación se raspaban bien con un cuchillo y se hervían durante buena parte del día hasta que estaban lo bastante tiernas, lo cual se comprobaba *"rascando con el dedo para ver si habían tomado un tacto viscoso"*. En este punto, podían trocearse como si fueran callos y mezclarse con hierbas aromáticas y especias.

Todo lo que vagamente puede considerarse comestible es engullido. Hasta pergaminos, cartas, títulos de propiedad y libros impresos o manuscritos, que se hierven hasta que quedan glutinosos. O, en último extremo, pezuñas de caballos, bueyes y otros animales; objetos de cuero; malas hierbas y arbustos; paja y sebo de vela; parches de tambor… y se machacan las cáscaras de los

26 Diego de Villalobos y Benavides, op. cit.

frutos secos para hacer con ellas algo semejante a pan. Incluso los huesos de los muertos se desentierran y se muelen para comerlos mezclados con agua Y al fin, cuando el hambre es más atroz, no son infrecuentes los casos de canibalismo. El asedio hace estragos en la población, se ven personas caer muertas en las calles, como fulminadas por un rayo, por causa del hambre. Las campanas dejan de doblar a muerto para no dar al enemigo la satisfacción de escuchar su lúgubre sonido. Los cadáveres yacen a la intemperie, hinchados y putrefactos, despidiendo un hedor nauseabundo y dulzón. Enjambres de insectos se ceban en ellos, transmitiendo todo tipo de enfermedades. La resistencia llega al límite. Los defensores deben elegir entre rendición o muerte. Si no viene una fuerza de socorro o los sitiadores levantan milagrosamente el asedio, la multitud famélica acabará obligando a las autoridades a pedir la capitulación.

Este fue el destino de muchas poblaciones que sufrieron un largo asedio. Pero, similares infortunios puede sufrir el ejército sitiador. El simple paso del tiempo puede destruirlo por obra del hambre, las penurias, las enfermedades y la deserción. Podemos ver las dificultades que entraña el abastecimiento de un ejército sitiador analizando un conocido ejemplo: el asedio que entre 1624 y 1625 llevó a la famosa rendición de Breda, plasmada magistralmente por Velázquez en el cuadro conocido como *Las lanzas*.

Breda era una ciudad extraordinariamente bien protegida. Sus fortificaciones eran modernas y estaban bien mantenidas, con quince baluartes y un ancho foso lleno de agua. Su perímetro era muy amplio. Se calcula que para rodear la ciudad, Ambrosio Spínola llegó a contar con unos 60.000 hombres, entre ellos cuatro tercios de españoles.

Como era de esperar, las vituallas y el forraje de los alrededores son consumidos con rapidez, o bien destruidos por los holandeses, por lo que han de ser traídos desde zonas cada vez más lejanas. Se crea un depósito en Lier, desde donde los suministros son transportados a Amberes, a un día de camino de Ginneken, donde se ha levantado el campamento principal. Amenazada por la caballería holandesa esta ruta debe ser abandonada. A partir de entonces la vía principal de suministro va más al este de Lier, a través de Rijkervorsel y Hoogstraten. Como los convoyes viajan de día, teniendo en cuenta que solo hay ocho horas de luz en pleno invierno, tienen que pasar una noche en Rijkevorsel. A finales de octubre se establece más al sur en Herentals otro depósito, abriendo así una nueva ruta de abastecimiento, más larga pero más fiable. En esta ruta también es necesario hacer una escala nocturna, en

este caso en Turnhout. La seguridad de estas líneas de suministro resulta vital para el ejército sitiador. Unos 25.000 hombres, al mando del conde de Bergh, son detraídos de las tareas de asedio para protegerlas.

Deben emplearse entre 3.000 y 4.000 vehículos para garantizar el suministro. Inicialmente se utilizan carros de cuatro ruedas, tirados por un mínimo de tres caballos y capaces de transportar unos 2.500 kilogramos, pero el continuo uso de estos pesados carros deteriora los caminos. Es necesario sustituirlos por carros más pequeños. El modelo local de dos ruedas, tirado por un caballo, podía transportar unos 500 kilos. La importante pérdida de capacidad la compensa su mejor movilidad por las angostas veredas, con frecuencia anegadas de agua.

Los convoyes deben circular al menos dos veces a la semana, siendo lo ideal cada dos días. Cada uno mueve de 300 a 650 vehículos, escoltados por infantería, caballería y dos cañones, empleados para hacer sonar la alarma en caso de ataque. La caballería se sitúa en vanguardia, retaguardia y flancos, pero otros jinetes patrullan constantemente las rutas de suministro y custodian cruces, vados y puentes. Cuando un convoy es atacado se forma un *laager*, perímetro fortificado formado por los propios carros, que debe resistir hasta la llegada de la caballería.

Los holandeses intentan boicotear el abastecimiento, conscientes de que es su mejor baza para hacer fracasar el asedio. La caballería holandesa acosa de modo continuo las líneas de suministro. Incluso se realizan dos intentos de tomar la ciudadela de Amberes, elemento imprescindible en el sistema de suministro. Obtienen algunos éxitos. Un saboteador holandés logra incendiar la iglesia de Ginneken, donde se almacenan víveres y forraje. Unos 4.000 sacos de trigo, quizás 200.000 kg[27] de cereal son destruidos, perdiéndose casi toda la avena para los caballos.

El asedio continúa a pesar de las dificultades. Al fin, se obtiene la victoria por muy estrecho margen, ya que los sitiadores no hubieran aguantado mucho más. Tras nueve meses de asedio, Carlos Coloma, al mando de la fuerza de reserva general del Ejército de Flandes, señala que los soldados derrotados están en mejores condiciones que los suyos. Los sitiadores, a causa del clima y de las acciones de los holandeses, sufrieron enormes privaciones.

Los asedios se convierten en las operaciones más cruentas de la guerra. Ostende, conocido como la *Nueva Troya*, fue el asedio más largo de la Guerra

27 400 carretadas.

de Flandes y el más gravoso para los sitiadores. Un cálculo conservador habla de no menos de 18.000 muertos entre ellos, contando seis maestres de campo y doscientos cincuenta capitanes. Un autor contemporáneo, Antonio Carnero, eleva la cifra a 40.000, una cantidad seguramente exagerada que pretende magnificar el valor de la conquista con su elevado coste[28]. En cualquier caso, parece evidente que el ejército de la Monarquía Hispánica pagó un elevado precio por doblegar la *inexpugnable* plaza de Ostende. Impuesto abonado en sangre que podemos hacer extensivo a muchos de los asedios llevados a cabo en la época.

Fuerzas permanentes y profesionales

Este nuevo tipo de combate que se acaba de describir, condicionado por las nuevas armas y el asedio como forma fundamental de lucha, requiere un nuevo tipo de soldado. Los nuevos ejércitos que surgen de estos cambios exigen la progresiva profesionalización de la infantería, ya que los modernos métodos y armas demandan una preparación de la que carecían los peones medievales reclutados para una única campaña. *"La superioridad de la infantería solo se comprende en ejércitos ordenados y dirigidos con mucha ciencia"*[29]. La guerra se está convirtiendo en un arte complicado que requiere oficiales y soldados con mayor disciplina y preparación, que estén permanentemente movilizados. Las ordenanzas de la época exigen que cada unidad cuando no esté en campaña *"se ejercite muy a menudo, saliendo al campo, formando escuadrones, escaramuzando y haciendo otros actos de agilidad"*. Los soldados deben estar siempre realizando alguna tarea para no caer en la pereza o dar pábulo a mayores vicios. Se hace mucho hincapié en que practiquen con sus armas y realicen diversas maniobras, ya que la inactividad es la forma más rápida de acabar con el orden de un ejército. Al menos cada ocho días se forma escuadrón, se aprende a reconocer los toques de tambor y se ejercita el manejo de las diversas armas. Surgen así unas fuerzas estatales desligadas de la nobleza feudal, sujetas a disciplina y profesionalización.

Se tiende a la creación de ejércitos permanentes, que no se desmovilicen durante el invierno. Esta fórmula se consolida, tanto por la dificultad de hallar y reclutar tropas de calidad en un breve plazo de tiempo como por

28 En su *Historia de las guerras civiles que ha habido en los estados de Flandes, desde el año 1559 hasta el de 1609, y las causas de la rebelión de dichos estados*, publicado en Bruselas en 1625.

29 José Antonio Maravall. *Estado moderno y mentalidad social:(siglos XV a XVII).* Revista de Occidente, 1972

el convencimiento de la necesidad de disponer de hombres instruidos y veteranos que rentabilicen la experiencia adquirida en el campo de batalla[30]. En la guerra barroca imperan escaramuzas, golpes de mano y emboscadas, que requieren soldados con férrea disciplina, estoicismo ante el fuego enemigo y buen orden al maniobrar. Las innovaciones militares llevan a la profesionalización de los ejércitos. Y esta comporta que se hagan permanentes, por dos factores: las tropas reclutadas a corto plazo son cada vez menos eficaces en los nuevos contextos bélicos y, en segundo lugar, los esfuerzos y costes del entrenamiento en nuevas armas y tácticas solo tienen sentido si, una vez entrenados, los hombres siguen en servicio en vez de volver a sus casas[31]. Por *"lo mal que se milita con levas nuevas, gastándose en ellas el dinero inútilmente, siendo solo la gente vieja y experimentada la que logra lo que cuesta"*. Ya que, como se decía en la época, eran *los soldados pláticos* (experimentados) *y viejos los que dan las victorias.* Su falta *"ni con dineros podría repararse, porque a los soldados viejos los hace el discurso largo del tiempo y la continuación de las guerras y no el oro"*. La fortaleza del ejército radica en estos veteranos de tez cetrina, estómago hecho al ayuno y magra bolsa. Tropa que sabe sus órdenes aún antes de recibirlas y las ejecuta como si vinieran del rey en persona. Y que enseñan los primeros pasos en la milicia a los recién reclutados y les inculcan el espíritu de pertenencia a la unidad.

Surge así un nuevo soldado profesional, bien adiestrado y buen conocedor de su oficio, que adquiere una relevancia desconocida hasta entonces. Un soldado que convierte el oficio de las armas en su forma de vida. Este núcleo de soldados profesionales da lugar en España a la creación de los tercios, unidades aguerridas formadas por hombres fogueados, permanentemente dispuestos a entrar en acción. Atesoran un espíritu de cuerpo como no se veía desde las legiones romanas. Una cohesión desconocida en su época, fruto de su carácter permanente y un reclutamiento privilegiado. Es el modelo hispano de soldado profesional y permanente que demuestra sobradamente su capacidad frente a ejércitos formados con prisa para una campaña por franceses u holandeses a base de nobles, milicias y mercenarios.

La necesidad de *gente de guerra* preparada y experimentada hace que la mayoría de los ejércitos completen sus contingentes con la contratación de mercenarios. Magnífica tropa que vende sus servicios al mejor postor.

30 Enrique Martínez Ruiz. *Historia militar de la Europa moderna,* 2016.

31 J. R Hale. *War and society in Renaissance Europe, 1460-1620*, 1998.

Expertos en el manejo de las armas y en la lucha en formación, son mudables en sus fidelidades y tienen un celoso apego al vil metal que puede llevarlos a desertar en masa ante el menor retraso en el pago de sus haberes. Ya que, *"…faltándoles las pagas por accidente o por otra causa cualquiera, parece que sería lícito, no siendo pagados, irse a servir a quien más conviniera, pues no sirven más que por las pagas"*[32]. No tienen otro motivo para ir a la batalla que la paga del príncipe. Como expresa el rey francés Francisco I en 1521, cuando se ve obligado a renunciar al sitio de Milán ante la defección de sus mercenarios suizos: *"Pas d'argent, pas de suisses"*[33].

El uso de mercenarios tiene sus indudables beneficios. Como decía un general francés, cada soldado extranjero vale por tres hombres: uno más para Francia, uno menos para el enemigo y un francés que queda en casa para pagar impuestos. Pero el uso masivo de mercenarios contribuye a alargar la duración de las contiendas, complicando la logística. Los jefes mercenarios intentan reducir las pérdidas de personal escenificando aparatosas batallas, brillantes tácticamente pero incruentas y poco resolutivas. Son un prodigio de prudencia y sagacidad, prefieren descolocar al enemigo mediante hábiles maniobras antes que arriesgar en una batalla de resultado incierto sus preciosos efectivos. Ningún mercenario está interesado en victorias rotundas, concluida la lucha se acaba el beneficio. Suscriben lo afirmado por el marqués de Pescara, *"que Dios me dé cien años de guerra y no un día de batalla"*. Quizá por eso, de modo gradual se irán sustituyendo los contingentes de mercenarios por reclutas, quizá menos preparados técnicamente pero más fiables.

Durante la Era Moderna, el sometimiento de los señores feudales a un poder central fuerte desemboca en la formación de estados nacionales, tal y como hoy son concebidos. El Estado Moderno surge sobre el pilar de la monopolización del ejercicio de la guerra, controlando todos los recursos relacionados con ella. La potestad de guerrear a gran escala es la fuerza que impulsa de forma decisiva la conformación del Estado Moderno. Progresivamente, los estados pasan a ser los únicos administradores de las fuerzas armadas, de manera que ni particulares ni otras instituciones tengan tropas a su servicio. La tendencia del Estado a reservar para sí la exclusividad del uso de la violencia supone el desarrollo institucional de una

32 Jerónimo Jiménez de Urrea, *Dialogo de la verdadera honra militar*, 1566.

33 No hay dinero, no hay suizos.

administración creada para sostener el enorme esfuerzo bélico resultante. El Estado renacentista, con una estructura burocrática más eficiente y mejores métodos de recaudación, es capaz de activar más recursos para la guerra. La aparición de estas potencias nacionales permite que se puedan costear ejércitos totalmente profesionales, más numerosos y tecnificados que los feudales. Se da una clara centralización en la dirección de los conflictos por parte de un único poder.

En España este proceso de modernización se puede ubicar en el tiempo con bastante precisión. La tradición militar hispana, forjada en siglos de lucha contra los musulmanes, había impuesto una táctica diferente a la preponderante en el resto de Europa, centrada en la escaramuza, la emboscada y la guerra de asedio. Esta peculiar concepción de la lucha facilita la incorporación del nuevo modelo. La Guerra de Granada se considera por muchos el hito que marca la transición en el campo militar del Medievo a la Modernidad. En su desarrollo conviven rasgos típicamente medievales con otros que apuntan a los nuevos tiempos, como el incremento de la infantería[34] o el inteligente uso de la artillería. Tras la Guerra de Granada en 1492, realizada todavía por una hueste medieval[35], se inician reformas con varias ordenanzas de los Reyes Católicos en las que se crean unidades modernas con dos tercios de peones armados a la suiza y un tercio de ballesteros/espingarderos. La adopción de la pica por los infantes puede tener su origen en la influencia de los mercenarios suizos contratados por Fernando el Católico en los últimos compases de la Guerra de Granada. En la Ordenanza para gente de guerra de 1497, se divide la gente de ordenanza en tres tipos: *"repartiéronse los peones en tres partes. El uno, tercio con lanzas, como los alemanes las traían, que llamaron picas; y el otro tenía nombre de escudados; y el otro de ballesteros y espingarderos"*. Con estas reformas se supera la idea de una masa indiferenciada de soldados pedestres y se sientan las bases de un estructura militar de carácter permanente, modélica y pionera en muchos aspectos. Estas nuevas unidades se consagran en los combates de Italia, en especial en las sonoras victorias de Ceriñola y Garellano. En ellas un pequeña fuerza española apabulla a un flamante ejército francés, con artillería gruesa, infantes por miles y unos arcaicos caballeros llamativamente emplumados sobre corceles acorazados. El cuerpo expedicionario dirigido por Gonzalo

34 La proporción habitual a lo largo de la guerra fue de tres plazas a pie por una montada.

35 La mayoría de los combatientes intervienen en virtud de determinadas obligaciones de servicio.

Fernández de Córdoba será ya un ejército moderno, aunque todavía con algunos elementos residuales medievales[36]. Como afirma Menéndez Pidal en su Historia de España: "*…Gonzalo Fernández de Córdoba crea el ejército que, con predominio de la infantería, será el instrumento del imperialismo español del siglo XVI*". Estamos ante la *infantería de ordenanza*, antecedente de los tercios. Término que no hace referencia a un texto militar sino a la ordenación de la infantería, adoptando la maniobra y armamento desarrollado por los suizos. Creada, según Quatrefages, al concluir la campaña del Rosellón, en 1504. En Italia, el Gran Capitán articula sus fuerzas en compañías o capitanías, unidades de combate al mando de un capitán. Varias de estas compañías forman una coronelía, claro antecedente del tercio. Las capitanías incorporan ya un contingente considerable de tiradores, que se constituirán en la fuerza de choque y espina dorsal de la infantería[37]. Que una misma compañía cuente con distintas modalidades de armas, blancas y de fuego, facilita el apoyo entre ellas, haciendo a estas unidades más polivalentes e independientes.

Estas innovaciones cristalizan en la creación de los tercios. Suele considerarse que surgen de modo oficial en la ordenanza de Génova de 1536, cuando alcanza su definitiva consagración el instrumento militar forjado en las luchas contra los franceses en territorio italiano. Estas nuevas unidades darán fe de su valía en los escenarios más diversos, desde el lejano mar del Norte hasta las ásperas tierras de Berbería. Perdurando esta organización de la infantería española en tercios hasta la real ordenanza de Flandes de 1702, en que se adopta el pie regimental.

El tercio está constituido formalmente, en su composición más común, por doce compañías de doscientos cincuenta soldados cada una, diez de piqueros y dos de arcabuceros. Tiene por tanto, en las raras ocasiones en que se encuentra al completo de efectivos, unos 3.000 hombres encuadrando principalmente arcabuceros y piqueros. Estas cifras no se alcanzan casi nunca, siendo muy habitual encontrar tercios de 600 hombres o incluso menos. Por ejemplo, en 1596 el Tercio de Mendoza, desplegado en Flandes, solo contaba con 608 soldados distribuidos en seis compañías. La hacienda real pugna por que esta cifra sea de al menos 1.000 soldados para ahorrar costes

36 En la primavera de 1495, embarcaron con el Gran Capitán 5.000 infantes y 600 jinetes.

37 Estaban formadas por 200 piqueros, 200 rodeleros y 100 tiradores. Cada coronelía contaba con diez de estas compañías, más otras dos formadas exclusivamente por piqueros, hasta sumar un total de 6.000 hombres.

en el salario de los oficiales, cuyo número se mantenía aunque no hubiera suficiente tropa. Las continuas reformaciones, supresión de unidades para completar otras con sus miembros, tienen como finalidad mantener unos efectivos mínimos adecuados. Por ejemplo, en 1574 había en los Países Bajos 68 compañías de infantería española, agrupadas en cinco tercios. Pero solo sumaban 8.016 hombres, muy lejos de los 250 por compañía que dictaban las ordenanzas. La solución fue reformarlas en 30 compañías formando cuatro tercios. Los oficiales que quedaron sin mando pudieron seguir sirviendo como soldados con paga de reformado.

Uno de los aspectos logísticos más destacados de los tercios es la forma de engrosar sus filas. Los tercios son unidades organizadas mediante la recluta de voluntarios. Un creciente número de personas se hacen soldados, movidos por la sed de aventuras, para huir de la justicia o de un marido burlado, para adquirir honor y reputación o, simplemente, con el afán de mejorar su vida. Los hombres que sientan plaza en los ejércitos reales y presidios son artesanos, labriegos y también un importante contingente de vagos y ociosos y, hasta facinerosos, vagabundos y mendigos. Muchos eligen el ejército porque ofrece sustento en un tiempo en que éste escasea. En tiempos de malas cosechas abundan los voluntarios. El alistamiento se ve como una alternativa atractiva para una existencia civil en la que no es fácil disponer de trabajo y es grande el riesgo de verse arruinado por los impuestos. Mejor la pica que el trabajo vil. Cómo afirma Cervantes en el Quijote, *"A la guerra me lleva mi necesidad; si tuviera dineros, no fuera, en verdad"*. Desde siempre, la pobreza ha sido el mejor reclutador. Los hombres se enganchan *"…con la esperanza de tener lo suficiente para poder vivir y un poco más para zapatos y alguna que otra bagatela que les haga la vida más soportable"*[38]. El otro gran motivo que anima a los hombres a alistarse es el deseo de ganar honra, convirtiéndose en señores soldados. Como dejó escrito en repetidas ocasiones Cervantes, que se hizo soldado *"para servir a Dios y al rey"*. Las hazañas en el campo de batalla ennoblecen al soldado. El servicio de las armas constituirá para el español *el más honrado oficio*.

Haciendo del oficio de soldado su forma de vida, firma un compromiso que le ata al ejército hasta que muera o sea licenciado por el rey. El contrato es leonino, los alistados pueden ser licenciados a discreción, librándose así de indeseables e incapaces, mientras que para abandonar el ejército se requiere

38 Giulio Savorgnan, general veneciano en 1572.

una expresa autorización real. Una vez asentado el nombre del soldado en los libros de sueldo, solo puede rescindir su compromiso con *licencia real*. El rey puede licenciar a su arbitrio a cualquier soldado en cualquier momento, pero también puede negarse a conceder una licencia solicitada. Así, el famoso Julián Romero estuvo pidiendo licencia desde 1567, muriendo en 1577 todavía prestando servicio. A veces, la licencia queda pendiente de la llegada de un relevo, en otras ocasiones, como le sucedió a Romero, simplemente es denegada. La magnitud del compromiso adquirido queda claro en esta cita: *"Todo español que asentare su plaza de soldado para servir a su Magestad en los libros y listas de su Real Sueldo es su criado desde aquella hora y punto"*[39]. O como se decía en la época, *"es el rey dueño del tercio"*.

Pero este nuevo soldado se caracteriza por recibir un mayor reconocimiento. El antiguo peón[40] medieval, elemento ciertamente secundario, es sustituido por una nueva figura, el infante. Del papel auxiliar e irrelevante de los peones se pasa, en muy pocos años, a la conversión de la infantería en núcleo fundamental del orden de batalla[41]. Según René Quatrefages, ya en 1504 aparece el vocablo *infante* en los libros de sueldo, impregnado de un sentido de modernidad y respeto, sustituyendo al tradicional de peón. El respeto que sabrán ganarse estos nuevos soldados se manifiesta en que se les distingue como *señores soldados*, *gentilhombres*… Carlos V incluso se dirige a ellos como hermanos o hijos y el duque de Alba como *magníficos señores hijos*. Del medieval *peonaje* se ha pasado a la moderna infantería. Este nuevo soldado gentilhombre, a golpe de pica y disparo de arcabuz, se abrirá un hueco entre las figuras militares míticas de la historia. Ha surgido la *"temible infantería del ejército de España"*, como la denominaba el cardenal francés Bossuet en su *Elogio fúnebre del gran Condé.* La reputación militar de los españoles descansará en esta nueva infantería, fundamentalmente por sus excepcionales cualidades físicas y morales.

Mientras que en otras tierras, antes se dejaba un noble o hidalgo cortar la cabeza que servir de soldado a pie, en España esto será bastante común. Con el tiempo, jóvenes de ascendencia nobiliaria, venciendo sus acendrados

39 Martín de Eguiluz, op. cit.

40 Vocablo, que designa al humilde y sufrido combatiente a pie, cargado de una connotación de escasa cualificación.

41 Miguel Alonso Baquer. *Las guerras y su técnica en la época del Renacimiento. La organización militar en los siglos XV y XVI*, 1993.

escrúpulos a combatir a pie, pasan a engrosar las filas de este nuevo ejército, haciendo sus primeras armas como infantes. Los hidalgos nutren las nuevas unidades tanto como los villanos. I.A.A. Thompson estima que llegó a haber un 15% de hidalgos en filas, incluyendo oficiales y aventajados[42]. Segundones, *"pobres de hacienda y ricos de linaje"*, que se enganchan en los tercios en pos de lances de espada y honor. Incluso algún hijo de un Grande, antes de alcanzar más altos destinos, sirve una temporada con la *pica al hombro*. Como Juan Antonio Pacheco, marqués de Cerralbo, que comenzó su carrera militar como soldado en Flandes, siendo con posterioridad capitán, maestre de campo y gobernador de Amberes y Gante. Se habla de la *"mucha nobleza y gente particular*[43] *que entre la infantería española suele haber"*[44]. La milicia, en muchos casos, es un paso obligado para toda persona de alta condición que quiera hacer carrera al servicio del rey. Las gentes de alcurnia que habían realizado su aprendizaje como simples soldados siempre alardeaban de haberlo hecho *arrastrando una pica*.

El fiero oficio de las armas iguala a todos. No se hacen distinciones, la crueldad y dureza del combate se encarga de poner a cada uno en su sitio. El más rancio abolengo no exime de las fatigas de la guerra. Ya que *"en la infantería española todos son hijos de sus obras"*[45]. El noble que sirve de mero soldado es conocido como *guzmán*. Y cómo, celoso de su reputación, se disputa el honor de combatir en el lugar de mayor riesgo, la primera fila, ésta es conocida como la *fila de los guzmanes*.

En definitiva, esta nueva organización de los ejércitos presenta cuatro características que condicionarán de forma clara las necesidades de apoyo logístico:

Despliegue de grandes contingentes

Se hace necesario contar con unas fuerzas armadas de un tamaño, estructura, potencia de fuego y capacidad de despliegue como nunca antes se había conocido. Los autores contemporáneos polemizan sobre el tamaño idóneo que debe tener un ejército para *salir a campear*, estimando que,

42 Los aventajados eran soldados que gozaban de un aumento reglamentario del sueldo por tiempo de servicio o méritos de guerra.

43 Se conocía como particulares a los soldados distinguidos, por su origen social o por su experiencia militar.

44 Sancho de Londoño, *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*, 1594.

45 Alonso Vázquez, op. cit.

con carácter general, no ha de exceder los 40.000 combatientes, so pena de resultar ingobernable. En los siglos XVI y XVII, será habitual desplegar fuerzas de veinte, treinta o incluso cuarenta mil soldados. Los ejércitos de la época moderna tienen un carácter masivo, comparados con los de etapas anteriores. El promedio de los efectivos nominales del Ejército de Flandes durante la mayor parte de la Guerra de los Ochenta Años se situó en unos 65.000 hombres[46], aunque hubo nuevos aumentos hasta elevar la presencia de soldados de España en los Países Bajos a unos 85.000. Por el contrario, los ejércitos medievales rara vez superaban los cuatro o cinco mil combatientes.

Pero hay un aspecto muy relevante desde el punto de vista logístico. Se produce un aumento considerable no solo del tamaño de los ejércitos sino también del personal que acompaña a éstos, la denominada *cola* de servidores, vivanderos, mujeres y niños. Almirante en su diccionario Militar hace referencia a la cola cómo la parte posterior de una columna en marcha. Y quizá por ello en algunos textos se denomina así a la multitud de gentes que acompañan al ejército y que en muchas ocasiones viajan en retaguardia. Van Creveld, por ejemplo, refiriéndose a la multitud de mujeres, niños, sirvientes y vivanderos, dice que: "*…tal fuerza debía arrastrar esta enorme cola adonde quiera que fuese*". Una corte de los milagros formada por una multitud de acompañantes que a veces supera en número al personal combatiente. Van Creveld calcula que la cola oscila entre el cincuenta y el ciento cincuenta por ciento del tamaño de una fuerza[47]. Las tropas van seguidas por una marea humana de esposas, niños, mercaderes y meretrices. En 1615, cierto observador alemán señaló que *"quien recluta hoy un regimiento de soldados alemanes no adquiere solo tres mil guerreros, sino también las cuatro mil mujeres y niños que encontrará con ellos con certeza"*. Cuando, en 1622, el Ejército español puso cerco a Bergen-op-Zoom, en los Países Bajos, los pastores calvinistas ironizaban diciendo que *"nunca se había visto una cola tan larga en un cuerpo tan pequeño: […] con tantos carros, caballos para el bagaje, jamelgos, vivanderos, lacayos, mujeres, niños y una patulea que sumaba bastante más que el propio ejército"*. Los gobernantes lo toleran porque saben que no se puede reunir un ejército numeroso ni mantenerlo unido sin un reguero de acompañantes. Desde el punto de vista logístico,

46 Cuando el duque de Alba abandono Flandes en 1574, el ejército real en los Países Bajos se estimaba en 62.280 hombres, de ellos 54.500 eran infantes de varias naciones repartidos en 269 banderas o compañías.

47 Martin Van Creveld, *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, 1977.

no se habla de combatientes sino de *bocas* que alimentar. Y esto incluye la abigarrada multitud de seguidores, que incrementa de modo notable las necesidades logísticas de un ejército. Por ejemplo, un contingente español de 5.300 hombres, que en 1577 se traslada de los Países Bajos a Italia, pide raciones para alimentar a ¡20.000 personas!

Así, un poderoso ejército en campaña puede suponer tanta gente como el equivalente al total de pobladores de una gran ciudad de la época. La bulliciosa y cosmopolita Sevilla en 1500 tiene unos 55.000 habitantes, un *florido ejército* de 30.000 combatientes supone con facilidad unas 45 o 50.000 bocas que alimentar. En Flandes, Ámsterdam, la mayor ciudad de la provincia de Holanda, solo tiene 30.000 almas, menos que alguno de los ejércitos desplegados. Una guarnición tipo de 3.000 hombres puede perfectamente ser más numerosa que la población en la que está alojada, y un ejército de 30.000 soldados necesita más víveres que cualquiera de las ciudades de entonces, salvo las más populosas. Un ejército de la época en campaña es una auténtica *ciudad errante*[48].

Los nuevos soldados son personas sin recursos propios

Este es un factor importante. Frente a los antiguos caballeros con rentas y posesiones con las que atender a su sustento y el de su mesnada, los nuevos soldados son personas desarraigadas, sin otra morada que el ejército y con todas sus escasas posesiones a cuestas. El servicio militar ha dejado de ser privilegio de una clase, para convertirse en profesión. El ejército moderno es en esto completamente diferente a las antiguas huestes medievales. Una hueste era el ejército feudal formado por los caballeros que los vasallos proporcionaban a su señor en concepto de *servitium debitum*, por los feudos recibidos de él. Se basa en el concepto de feudo, tierras que mantenían a un caballero y le vinculaban a un señor como vasallo. Las huestes se componían de mesnadas, reunión de hombres armados perteneciente a un señor, orden militar o consejo. Había mesnadas reales, señoriales y también concejiles. Independientes entre sí, acudían a la llamada de su señor a *punto de guerra*, con el equipo completo. Estas mesnadas viven sobre el terreno a costa de sus señores mientras están en territorio propio y saqueando campos y poblaciones una vez en zona enemiga. Sin embargo, en el nuevo ejército profesional, el

48 Lauro Martines, *Un tiempo de guerras: una historia alternativa de Europa, 1450-1700*. En este texto, denomina a los ejércitos de la primera Edad Moderna como ciudades ambulantes o ciudades moribundas.

soberano adquiere ciertas obligaciones con las personas que emplea para combatir: debe suministrar armas, pertrechos, vituallas y proporcionar la paga, de preferencia en efectivo. Como veremos, los soldados que no son adecuadamente alimentados o no reciben con puntualidad su paga desertan, practican el merodeo y la rapiña o se amotinan. Como se decía en la época: "*…soldados mal pagados hacen mil desconciertos*".

Ejércitos permanentes

En la Edad Media, se organizan ejércitos de forma esporádica para campañas puntuales. Los barones y caballeros ofrecen sus servicios y los de sus vasallos a su señor feudal normalmente solo por un periodo de unos cuarenta días, el tiempo que separa la siembra de la cosecha.

La mayor parte de las acciones militares son incursiones al territorio oponente conocidas como *chevauchées*, cabalgadas. El objetivo es la destrucción sistemática de la riqueza y recursos del contrincante. Son incursiones rápidas y breves para causar daño, capturar botín y cautivos, y marcharse a *uña de caballo* antes de que el enemigo reaccione. En España se conocen como *algaras* o *correrías*. En ellas no participan tropas a pie, sino solamente caballeros y sus escuderos, por la rapidez que exigen este tipo de acciones. Estas incursiones se internan a una profundidad máxima de día y medio, es decir, unos cuarenta kilómetros en territorio enemigo, y el ejército se mantiene en constante movimiento, con la impedimenta reducida al mínimo y sobreviviendo del saqueo.

En cambio, en el siglo XVI los ejércitos salen a campear casi en cualquier temporada, salvo en lo más recio del invierno, y se generaliza por parte de todos los estados el uso de fuerzas permanentes. Es cierto que la Monarquía Hispánica es probable que destaque por disponer de un número mayor, más estable y mejor preparado de tropas. Otros países parece que disponían solo de guarniciones y un selecto núcleo de tropas permanentes, mientras que España, quizá por el gran número de frentes que siempre tiene abiertos, mantiene en pie de guerra un ejército permanente mucho mayor. Así, según Parker, en 1610 solo había tres ejércitos permanentes en Europa. Dos de ellos, en Flandes y en Italia, estaban al servicio del rey de España. El tercero, estaba en Hungría para defensa contra el Imperio Otomano. Con el tiempo se generaliza el carácter permanente de los ejércitos en otros estados. Al terminar la Guerra de los Treinta Años la mayor parte de los príncipes

alemanes mantienen una cantidad considerable de soldados como fuerza permanente. Lo mismo hará Francia, Holanda, e incluso Inglaterra.

Esta característica de permanencia de los nuevos ejércitos complica de forma notable el apoyo logístico.

Predominio de los asedios

A medida que avanza la construcción de fortificaciones artilladas, los asedios eclipsan a las batallas y los conflictos se eternizan. Como dice el propio Vauban: "*…este tipo de ataque* (el ataque a fortalezas) *es el único que ofrece los medios de conquistar y conservar lo conquistado (…) una guerra de asedios expone menos al Estado y constituye una garantía mucho mejor de conquista*". La captura de fortalezas y ciudades asegura una posición estratégica para ulteriores campañas. Además, resulta una fuente de ingresos al poner en contribución el país en provecho del rey y traslada el coste de mantenimiento del ejército a las poblaciones vencidas.

Durante décadas la guerra será una sucesión de asedios salpicados en ocasiones por alguna batalla campal. Estas resultan casi irrelevantes en las zonas en que se construyen las nuevas fortificaciones. Salvo cuando la batalla se entabla entre un ejército sitiador y una fuerza de socorro, como sucede en San Quintín (1557), Nördlingen (1634), Rocroi (1643), Las Dunas (1658) o Viena (1683). Pero, es difícil que una batalla campal pueda ser decisiva si a pocos kilómetros el vencedor es frenado por las fortalezas enemigas. En palabras de Vauban, el gran ingeniero militar: "*En los Países Bajos, la pérdida de una batalla suele tener pocas consecuencias, pues la persecución de un ejército derrotado se prolonga solo durante dos, tres o cuatro leguas, ya que las fortalezas vecinas del enemigo detienen a los vencedores y proporcionan refugio a los vencidos, salvándose de una ruina completa*". Como afirmaba Johann Behr, en 1677, "*…las batallas en campo abierto son apenas un tema de conversación…*". O como decía Coloma, la *batalla "es la forma menos usada que hoy hay en nuestra manera de guerrear"*[49]. Los más eminentes generales son capaces de llevar a cabo campañas enteras sin un enfrentamiento de porte. Por cada gran batalla se cuentan docenas de asedios.

A menudo en la guerra de asedio el verdadero enemigo no es la guarnición sitiada, sino el tiempo, el hambre y las enfermedades. Un ejército en movimiento resulta más fácil de abastecer, ya que cuando se agotan los

49 Carlos Coloma de Saa, *Las guerras de los Estados Bajos,* 1625.

recursos de una zona simplemente se desplaza a otro territorio todavía no esquilmado que pueda ofrecerle lo necesario. Es la disponibilidad de suministros locales, en gran medida, la que determina los movimientos de las fuerzas. Sin embargo, cuando un ejército permanece estático asediando una plaza fuerte o una ciudad amurallada, agota pronto los recursos locales teniendo que obtener lo necesario para su subsistencia cada vez más lejos, destacando partidas de forrajeo o enviando convoyes desde su base de partida. Para sustentar una fuerza de asedio, gigantescas caravanas de miles de carros han de transportar por precarios caminos todo lo preciso. En un período en el que el transporte resulta muy poco eficiente, el abastecimiento de un ejército sitiador es una de las mayores preocupaciones de los jefes militares.

Estas cuatro características de la época moderna condicionan por completo el apoyo logístico. Hay que sostener ejércitos mucho mayores, compuestos de soldados a los que hay que proporcionar todo lo necesario, durante todo el año y con una movilidad limitada por el tipo de combate imperante, el asedio. Esto además, en un tiempo en que las guerras se producen con más frecuencia, duran más y en ellas interviene un número de hombres muy superior. No en balde, los siglos XVI y XVII fueron testigos de la mayor actividad bélica de la historia. En este periodo solo hubo diez años de paz en Europa. La tónica dominante son conflictos largos y enquistados, concertándose las paces más por agotamiento de los contendientes que porque uno de los bandos haya conseguido una victoria decisiva.

Esto será particularmente cierto para los ejércitos de la Monarquía Hispánica, ya que puede afirmarse que en los dominios del Rey Católico no se deponían las armas. Parecía que todas las naciones habían de levantar sus ejércitos contra él para acabar con su supremacía. *Todos contra Nos y Nos contra todos*[50]. Los tercios españoles habrán de hacer frente a una multiplicidad de enemigos, como ninguna otra maquinaria bélica tuvo que hacer en su tiempo.

La guerra se transforma en una extenuante lucha de desgaste, donde triunfa el contendiente que disponga de mayores recursos en hombres y dinero. Las consideraciones logísticas han desempeñado siempre un papel vital en las operaciones militares, pero al aumentar el tamaño de los ejércitos, el coste y la dificultad práctica de proporcionar los necesarios suministros se convierte en un aspecto estratégico de primer orden. Si no se cubren de

50 Divisa que figuraba en las medallas del rey Felipe IV.

forma adecuada sus necesidades logísticas un ejército puede desaparecer más rápido que si hubiese sufrido la peor de las derrotas. Estas enormes masas de hombres requieren una administración logística que atienda a la alimentación, vestuario, armamento, sanidad y pagas de las tropas; al forraje y cuidado de caballos y mulas; al abastecimiento de municiones, pertrechos y cañones; transporte de impedimenta, bagaje, creación de depósitos y almacenes; relaciones con los proveedores, contratas, acopios, requisas; y, de una forma destacada, al control del gasto militar, con mucho, el más gravoso que debe soportar la Hacienda Real.

En el caso particular de España, el singular volumen de su ejército, su progresivo carácter permanente, los requerimientos de escenarios bélicos lejanos, el audaz empleo de los nuevos sistemas de armas, el predominio de la infantería y la mayor capacidad económica de la Hacienda Real determinan el desarrollo de una nueva logística. Se puede afirmar que son los ejércitos de la Monarquía Hispánica, ese *"gigantesco experimento de armonización de tradiciones e intereses divergentes"*, los primeros de la Edad Moderna que cuentan con un sistema logístico estable. Enfrentados a las naciones más belicosas de Europa han de refinar su capacidad administrativa. El arte de la guerra en este periodo, se basa fundamentalmente en la capacidad de sostener en pie a estos multitudinarios ejércitos conforme a las escasas posibilidades de las arcas de los estados. Evitando despilfarros y procurando, en la medida de lo posible, que se mantengan a expensas de los territorios que ocupan.

Algo que resume con claridad Scarión de Pavía en su *Doctrina militar* de 1598: *"un ejército para sustentarse y alcanzar cualquier victoria (después del favor divino...) tiene necesidad de tres cosas, que son buena gente, vituallas y dineros"*

En definitiva, se produce un incremento exponencial de las necesidades logísticas; ya no son de utilidad los métodos tradicionales que regían en la Edad Media. Los ejércitos medievales, con una logística muy rudimentaria en la que imperaban el pillaje y el saqueo, se movían dejando a su paso un doloroso rastro de hambre y desolación. Los ejércitos modernos requieren una organización logística mucho más avanzada y compleja. Veremos un resurgir de la logística que condiciona la suerte de los ejércitos. Como afirma Quatrefages, esta logística abarca en esencia los desplazamientos, estacionamientos y el avituallamiento de las tropas. Pero antes, el primer paso será engrosar las filas de estos nuevos ejércitos para cubrir la enorme demanda de soldados.